



CÉSAR AIRA

El congreso de literatura

Lectulandia

César es un escritor que se gana la vida haciendo traducciones y que lleva una vida secreta de científico loco. Poco después de ganar una fortuna resolviendo el enigma centenario que encerraba el extraño monumento conocido como el Hilo de Macuto, es invitado a un congreso de literatura en la pequeña ciudad de Mérida. Camuflado bajo el aspecto de un inofensivo escritor, en realidad se propone llevar a cabo un plan maestro: clonar a Carlos Fuentes y crear un ejército de intelectuales poderosos para así dominar el mundo. Algo que no le sale exactamente como esperaba. ¿Biodispositivos de clonación portátiles, antiguos amores y colosales gusanos azules? En poquísimas páginas, César Aira construye una delirante y divertidísima historia.

Lectulandia

César Aira

El congreso de literatura

ePub r1.0

Blok 19.12.14

César Aira, 1997

Editor digital: Blok
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera Parte

EL HILO DE MACUTO

En un viaje que hice recientemente a Venezuela tuve la ocasión de admirar el famoso «Hilo de Macuto», una de las maravillas del Nuevo Mundo, legado de anónimos piratas, atracción del turismo y enigma sin respuesta. Un extraño monumento de ingenio que atravesó los siglos indescifrado y en el proceso se volvió parte de una Naturaleza que en esas latitudes es tan rica como todas las renovaciones que promueve. Macuto es una de las localidades costeras que se suceden a los pies de Caracas, vecina de Maiquetía, donde está el aeropuerto al que yo había llegado. Me alojaron provisoriamente en Las Quince Letras, el moderno hotel levantado frente al parador y restaurante del mismo nombre, sobre la costa misma. Mi habitación daba al mar, el Caribe enorme y a la vez íntimo, azul y brillante. El «Hilo» pasaba a cien metros del hotel; lo descubrí desde la ventana, y fui a verlo.

En mi infancia, como todo niño americano, yo me había empapado en vanas especulaciones sobre el Hilo de Macuto, en el que se hacía real, tangible, vestigio vivo, el mundo novelesco de los piratas. Las enciclopedias (la mía era el Tesoro de la Juventud, que nunca como en esas páginas merecía su nombre) traían esquemas y fotografías, que yo reproducía en mis cuadernos. Y en mis juegos desataba los nudos, descubría el secreto... Más tarde vi documentales sobre el Hilo en la televisión, compré algún libro sobre el tema, y tropecé con él muchas veces en mis estudios de la literatura venezolana y caribeña, donde es un leit motiv. También seguí, como todos (aunque sin un interés especial) las noticias que traían los diarios sobre nuevas teorías, nuevos intentos de descifrar el enigma... El hecho de que siempre fueran nuevos era indicio suficiente de que los anteriores habían fracasado.

Según la leyenda inmemorial, el Hilo debía servir para izar del fondo del mar un tesoro, un botín de valor incalculable puesto allí por los piratas. Uno de los piratas (todas las indagaciones en crónicas y archivos han fallado en identificarlo) debió de ser un genio científico-artístico de primera magnitud, un Leonardo a bordo, para idear el maravilloso instrumento que servía a la vez para ocultar el botín y recuperarlo.

El aparato tenía una simplicidad genial. Era, como el nombre lo dice, un «hilo», uno solo, en realidad una cuerda de fibras naturales, tendida a unos tres metros sobre la superficie del agua sobre una hoya marina que hace el fondo cerca de la costa de Macuto. En la hoya se perdía un extremo del hilo, que pasaba por una suerte de roldana natural de piedra en una roca emergida a doscientos metros de la orilla, daba una voltereta de nudos corredizos en un obelisco también natural en tierra, y de ahí subía a dos montañuelas de la cadena costera para volver al «obelisco», en una triangulación. Sin necesidad de restauraciones, el dispositivo había resistido intacto el paso de los siglos, sin cuidados especiales —al contrario, siempre invicto ante las

manipulaciones groseras y hasta brutales de los buscadores de tesoros (todo el mundo lo es), ante los depredadores, los curiosos, y las legiones de turistas.

Yo fui uno más... El último, como se verá. Resultó ligeramente emocionante verme frente a él. No importa lo que se sepa de un objeto famoso: estar en su presencia es otra cosa. Hay que encontrar la sensación de realidad, despegar el velo de sueños que es la sustancia de la realidad, y ponerse a la altura del momento, del Everest del momento. Innecesario decir que soy incapaz de esa hazaña, yo más que nadie. Aun así, allí estaba... bellísimo en su fragilidad invencible, tenso y delgado, captando la luz antigua de las navegaciones y las aventuras. Pude comprobar que era cierto lo que decía de él: que nunca estaba del todo callado. En las noches de tormenta el viento lo hacía cantar, y los que lo escucharon durante un Huracán quedaron obsesionados de por vida con su aullido de lobo cósmico. Todas las brisas marinas habían tañido esta lira de una sola cuerda, el ayudamemorias del viento. Pero aun esa tarde, con el aire inmóvil (si un pájaro hubiera soltado una pluma, habría caído en línea recta), su rumor atronaba. Eran graves y agudos microtonales, muy dentro del silencio.

Mi presencia ahí frente al monumento tuvo grandísimas consecuencias, objetivas, históricas; no sólo para mí sino para el mundo. Mi presencia discreta, inadvertida, fugaz, casi la de un turista más... Porque esa tarde resolví el enigma, hice funcionar el dispositivo dormido y saqué el tesoro del fondo del mar.

No es que yo sea un genio ni un superdotado, qué va. Todo lo contrario. Lo que pasa (trataré de explicarlo) es que cada mente se conforma de acuerdo con sus experiencias y memorias y saberes, con la suma total, y la acumulación personalísima de todos los datos que la han hecho ser lo que es la hace única. Cada hombre es dueño de una mente con poderes que pueden ser grandes o pequeños pero que siempre son únicos, propios de él. Y lo hacen capaz de una «hazaña», banal o grandiosa, que sólo él habría podido realizar. Aquí todos habían fallado porque habían apostado a un simple progreso cuantitativo de la inteligencia y el ingenio, cuando lo que se necesitaba era una medida cualquiera de ambos, pero de la calidad apropiada. Mi inteligencia, lo he comprobado a mis expensas, es muy reducida. Apenas si me ha alcanzado para mantenerme a flote en las aguas procelosas de la vida. Pero es única en su calidad, y no es única porque yo me haya propuesto que lo sea, sino porque así tiene que ser.

Esto sucede y ha sucedido así con todos los hombres, siempre y en todas partes. Pero un ejemplo tomado del mundo de la cultura (¿y de qué otro mundo tomarlo?) puede hacerlo más claro. La calidad de único de un intelectual puede captarse simplemente por la conjunción de sus lecturas. ¿Cuántos hombres puede haber en el mundo que hayan leído estos dos libros: *La Filosofía de la Experiencia Vital* de A. Bogdanov, y el *Fausto* de Estanislao del Campo? Dejemos de lado las reflexiones que hayan podido suscitar, las resonancias, la asimilación, que serán necesariamente personales e intransferibles. Vamos al hecho bruto de los dos libros. La coincidencia

de ambos en un lector es improbable, en la medida en que pertenecen a ámbitos apartados de la cultura, y a que ninguno de los dos forma parte del fondo de clásicos universales. Aun así, es posible que una docena o dos de inteligencias dispersas en el tiempo y el espacio hayan recibido este alimento dual. Pero basta que agreguemos un tercer libro, digamos *La Poussiere de Soleils* de Raymond Roussel, para que el número disminuya drásticamente. Si no es «uno» (es decir yo), le anda raspando. Quizás sea «dos», y a ese otro yo tendría razones para llamarlo «mon semblable, mon frère». Un libro más, un cuarto libro, y ya puedo tener la seguridad de estar solo. Y yo no he leído cuatro libros; han sido miles los que el azar o la curiosidad han traído a mis manos. Y además de libros, para no salir del campo de la cultura, discos, cuadros, películas...

Todo eso, más la textura de mis días y mis noches desde que nací, me dio una conformación mental distinta de cualquier otra. Y dio la casualidad de que era la necesaria para resolver el problema del Hilo de Macuto; para resolverlo con la mayor facilidad, con la mayor naturalidad, como dos más dos. Para resolverlo, dije, no para plantearlo; de ninguna manera sugiero que el pirata anónimo que lo ideó fuera mi gemelo intelectual. No tengo gemelo, y por eso fui capaz de dar en la clave del enigma que en vano habían enfrentado antes que yo cientos de estudiosos y miles de ambiciosos durante cuatro siglos, y con medios mucho más ricos, que en los últimos tiempos incluyeron buzos, sonares, computadoras y equipos multidisciplinarios. Yo era el único, en cierto sentido el predestinado.

Pero no el único en sentido literal, debo advertirlo. Cualquiera que hubiera tenido las mismas experiencias que tuve yo (eso sí: todas, porque es imposible determinar a priori cuáles son las pertinentes) podría haberlo hecho igual que yo. Y ni siquiera las «mismas» experiencias literalmente, porque las experiencias admiten equivalencias.

De modo que no me jacto demasiado. Todo el mérito fue del azar que me puso, justamente a mí, en el sitio justo: en Las Quince Letras, una tarde de noviembre, sin nada que hacer durante varias horas (había perdido una conexión en el aeropuerto, y debía esperar al día siguiente). Al llegar no venía pensando en el Hilo de Macuto, ni siquiera me acordaba de su existencia. Me llevé la sorpresa de que estuviera ahí, a un paso del hotel, como un recordatorio de mi infancia amante de los libros de piratas.

De paso, y por mero imperio de la ley de la explicación, quedó aclarado otro enigma conexo, que era saber cómo había resistido la cuerda (el «hilo» de marras) al desgaste de los elementos durante tanto tiempo. La fibra sintética puede hacerlo, pero no había nada de sintético en el Hilo de Macuto, como lo habían demostrado exhaustivos análisis de laboratorio hechos sobre algunas hebras milimétricas extraídas con pincines de punta de diamante: en su composición no había nada más que seda de piña y bejuco, sobre un soporte de cáñamo.

La solución al problema principal no me vino de inmediato. Durante dos o tres horas no supe que estaba elaborándose en mi cerebro, mientras daba un paseo, subía a mi habitación a escribir un rato, miraba el mar por la ventana, y volvía a salir, en el

tedio de la espera. Durante ese lapso tuve tiempo de observar las evoluciones de unos niños que se zambullían al mar desde unas rocas a unos veinte metros de la costa. Esto ya es la «pequeña historia», y en realidad no tiene interés más que para mí. Pero de esas piezas inenarrables y microscópicas está hecho el rompecabezas. Porque en realidad no existe el «mientras tanto». Por ejemplo, en mi distracción consideraba el juego de esos chicos como un artefacto humilde hecho con elementos naturales, uno de los cuales era el reconocimiento del placer cinético de la zambullida, el shock muscular, la natación-respiración... ¿Cómo hacían para esquivar esas aristas de piedra trasapeladas en el oleaje? ¿Cómo se las arreglaban para pasar a milímetros de la roca que los habría matado con su caricia de medusa rígida? Por el hábito. Debían de hacerlo todas las tarde. Lo cual le daba al juego la materia necesaria para volverse una leyenda. Esos niños eran un hábito de la costa de Macuto, pero la leyenda también es un hábito. Y la hora, la hora que era precisamente entonces, el crepúsculo tan adelantado en los trópicos y a la vez tan demorado y majestuoso en sus acordes, la hora participaba del hábito...

De pronto, todo caía en su lugar. Yo, que nunca comprendo nada si no es por cansancio, por renuncia, de pronto lo comprendía todo. Pensé en tomar una nota, para una novelita, pero ¿por qué no hacerlo, por una vez, en lugar de escribirlo? Me dirigí de prisa a la plataforma donde hacía vértice el triángulo del Hilo... Toqué apenas los nudos con la punta de los dedos, los invertí en bloque sin intentar desatarlos... Hubo un Zumbido que se oyó a kilómetros a la redonda, y el Hilo empezó a correr sobre sí mismo a una velocidad cósmica. Las montañas a las que estaba atado parecieron temblar, pero debía de ser una ilusión producida por el deslizamiento de la cuerda, que se extendió al tramo que se internaba en el mar. Las miradas de los curiosos que me habían visto actuar, y las de quienes se asomaron a las ventanas de los edificios cercanos, apuntaron a alta mar...

Y allí, con un chasquido prodigioso y una explosión de espumas, saltó el cofre del tesoro en la punta del Hilo, con tal fuerza que se elevó unos ochenta metros por el aire, se detuvo un instante y luego vino en línea recta, siempre jalado por el Hilo que se retraía, hasta caer intacto sobre la plataforma de piedra, a un metro de donde yo estaba esperándolo.

No haré aquí el desarrollo de toda la explicación, porque me llevaría muchísimas páginas, y me he impuesto una extensión fija para todo el texto (del cual esto es apenas el prólogo) por respeto al tiempo del lector.

Lo que quiero destacar es que no me limité a resolver especulativamente el enigma, sino que lo hice también en la práctica. Quiero decir: después de comprender qué era lo que había que hacer, fui y lo hice. Y el objeto respondió. El Hilo, un arco tenso desde hacía siglos, lanzó al fin su flecha, y trajo a mis pies el tesoro oculto, volviéndome rico en un instante. Lo que fue muy práctico, porque siempre he sido pobre, y últimamente lo había sido más que nunca.

Venía de pasar un año de angustias económicas, y de hecho me estaba

preguntando cómo salir de una situación que empeoraba día tras día. Mi actividad literaria, encarada en términos de inatacable pureza artística, nunca me dio réditos materiales. Lo mismo vale, y en mayor medida por el secreto en que las he llevado a cabo, para mis labores científicas, de las que hablaré más adelante. Desde mi temprana juventud he vivido de mi trabajo de traductor. Con el tiempo fui perfeccionándome en este oficio, en el que obtuve algún prestigio, y durante los últimos años pude gozar de cierta tranquilidad, que nunca llegó a la abundancia, cosa que no me preocupa porque llevo un régimen de vida muy austero. Pero ahora la crisis ha afectado seriamente a la actividad editorial, que paga el período previo de euforia. La euforia llevó a la sobreoferta, las librerías se llenaron de libros de producción nacional, y cuando el público debió ajustarse el cinturón, la compra de libros fue lo primero que suspendió. De modo que las editoriales se encontraron con descomunales stocks imposibles de colocar, y sólo atinaron a reducir la actividad. La redujeron tanto que este año lo pasé desocupado, administrando penosamente mis ahorros y avizorando con ansiedad creciente el futuro. Podrá verse entonces lo oportuno que fue para mí este suceso.

Aquí hay un motivo extra de asombro, y es pensar cómo fue posible que una riqueza proveniente de cuatrocientos años atrás siguiera teniendo valor, y que este valor fuera enorme. Sobre todo teniendo en cuenta la velocidad a la que se suceden en nuestros países las devaluaciones, los cambios de denominación de la moneda y los planes económicos. Pero no entraré en ese tema. Por otro lado, la riqueza siempre tiene algo de inexplicable, más que la pobreza. Desde ese momento yo era rico, y basta. De no haber tenido que partir al otro día rumbo a Mérida, por un compromiso contraído al que no podía (ni quería) sustraerme, me habría ido a París o a Nueva York a estrenar mi opulencia.

De modo que a la mañana siguiente, con los bolsillos llenos y precedido de un clamor de fama que llenaba los diarios del mundo entero, tomé el avión que me llevó a la bella ciudad andina donde se desarrollaba el Congreso de Literatura objeto de este relato.

Segunda Parte

EL CONGRESO

I

Para hacerme entender en lo que sigue tendré que ser muy claro y muy detallado, aun a costa de la elegancia literaria. Aunque no demasiado prolijo en los detalles, porque su acumulación puede oscurecer la captación del conjunto; además de que, como ya dije, debo vigilar la extensión. En parte por la exigencia de claridad (me espantan las neblinas «poéticas»), en parte por una inclinación natural en mí a la disposición ordenada del material, creo que lo más conveniente será remontarme al comienzo. Pero no el comienzo de esta historia sino el anterior, el comienzo que hizo posible que hubiera una historia. Para lo cual es inevitable cambiar de nivel, y empezar por la Fábula que constituye la lógica del relato. Después tendré que hacer la «traducción», pero como hacerlo completamente me llevaría más páginas de las que me he impuesto como máximo para este libro, iré «traduciendo» sólo donde sea necesario; donde no sea así, quedarán fragmentos de Fábula en su lengua original; si bien me doy cuenta de que eso puede afectar el verosímil, creo que de todos modos es la solución preferible. Hago la advertencia suplementaria de que la Fábula a su vez toma su lógica de una Fábula anterior, en otro nivel más de discurso, del mismo modo que del otro lado la historia sirve de lógica inmanente de otra historia, y así al infinito. Y (para terminar) que los contenidos con que he llenado estos esquemas no guardan entre sí más que una relación de equivalencias aproximativas, no de significados.

Había una vez, entonces... un científico en la Argentina experimentando con la clonación de células, de órganos, de miembros, y había llegado al punto de poder reproducir a voluntad individuos enteros en cantidades indefinidas. Probó primero con insectos, después con animales superiores, por último con seres humanos. El éxito era invariable, aunque al pasar a los seres humanos los clones resultantes cambiaron sutilmente de naturaleza: eran clones no parecidos. Superó el desaliento producido por esta variación diciéndose que al fin de cuentas la percepción de parecidos es algo muy subjetivo, siempre cuestionable. De lo que no tenía dudas era de que sus clones eran genuinos, legiones de Uno cuyo número podía multiplicar

cuantas veces quisiera.

En este punto quedó en un impasse, sin poder seguir en la dirección de su objetivo final, que era nada menos que el dominio del mundo. En ese sentido era el típico Sabio Loco de los cómics. No podía proponerse nada más modesto, porque en su nivel no habría valido la pena. Y descubrió que para el fin último sus ejércitos de clones (virtuales por el momento, ya que por motivos prácticos había hecho sólo unas pocas muestras) no le servían de nada.

En cierto modo se había metido en la trampa de su propio éxito, en el esquema clásico del Sabio Loco, que en el curso de la aventura propiamente dicha, en la política de la acción, siempre es derrotado, por grandes que hayan sido sus logros previos en el campo de la ciencia. Por suerte para él, no estaba loco de verdad, la sed de poder no lo cegaba: tenía el margen de lucidez suficiente para cambiar a tiempo la marcha de sus experimentos. Podía hacerlo gracias a las condiciones materiales en que los había realizado. Condiciones precarias, de bricoleur aficionado, arreglándoselas con cartones y frascos, con juguetes reciclados y retortas chinas de ocasión. Su laboratorio estaba instalado en el cuartito de servicio de su viejo departamento; y como no tenía depósito de cadáveres hacía circular a sus clones humanos por las calles del barrio. La pobreza, que tantas frustraciones le había causado, tuvo su lado positivo cuando se hizo patente que sólo lograría su fin mediante una radical reconversión de métodos, y ésta pudo hacerse sin perjuicio de inversiones o instalaciones que no existían o equivalían a nada.

El problema, y la solución, fueron éstos: podía crear un ser humano a partir de una sola célula, un ser idéntico en cuerpo y alma al espécimen del que provenía la célula. Uno, o muchos, todos los que quisiera. Hasta ahí, muy bien. El inconveniente, paradójico si se quiere, es que estas criaturas no podían sino quedar a su merced. No podía quedar él a merced de ellos. Podían obedecerlo, pero él no podía obedecerlos a ellos; no veía razón para hacerlo: eran seres sin prestigio, sin ideas, sin originalidad. Con lo cual la acción quedaba trunca, porque él seguía cargando con la iniciativa. ¿Y qué podía hacer él, aun como general en jefe de un ejército innumerable, para alcanzar su fin último de dominio global? ¿Declarar una guerra? ¿Lanzarse al asalto del poder? Llevaba todas las de perder.

No tenía siquiera armas, ni sabía cómo procurárselas; las armas no se reproducían por clonación; ésta actuaba sólo sobre materia orgánica viviente, de modo que la vida era el único elemento con el que podía contar. Y la mera multiplicación de la vida no puede contarse como arma, al menos en las condiciones en que se daba en su caso, por clonación. El milagro de la creación espontánea de un sistema nervioso extra se anulaba al despojarlo de entrada de su posibilidad de dar órdenes, y con ella de la facultad de crear.

Era en este punto donde el Sabio Loco más se apartaba del estereotipo del Sabio Loco, que típicamente se obstina, con un empecinamiento autodestructivo, en preservar la posición central de su inteligencia. El nuestro llegó a la conclusión de

que a partir del estadio al que había arribado, sólo lograría dar el «salto adelante» si encontraba el modo de salir del centro, si su inteligencia se ponía al servicio de otra inteligencia, su poder al servicio de otro poder superior... si su voluntad se degradaba dentro de un sistema de gravitaciones externas. Ahí estuvo su originalidad sin parangón (en términos de Sabio Loco): en reconocer que «otra» idea siempre es más eficaz que «una» idea, sólo por ser otra. A una idea no la enriquece ni la expansión ni la multiplicación (los clones) sino el pasaje a otro cerebro.

¿Qué hacer entonces? La solución obvia era clonar a un hombre superior... Pero no era tan fácil elegirlo. La superioridad es un asunto relativo, y eminentemente sujeto a discusión. Sobre todo, no es fácil decidirlo desde el punto de vista de uno mismo, que es el único punto de vista del que uno dispone. Y adoptar criterios objetivos puede ser engañoso; aun así, sólo podía adoptar alguna clase de criterio objetivo, cuya elección entonces debía refinar. Como primera medida, debía descartar el parecer estadístico, el que prevalecería en una encuesta, vale decir el que se inclinaría por los que están en la cima de la pirámide visible del poder: jefes de estado, magnates, generales... No. Pensarlo nada más le provocaba una sonrisa, la misma sonrisa que se imaginaba muy bien en los labios de los verdaderos dueños del poder al oír esos nombres. Porque la experiencia de la vida le había enseñado que, dijeran lo que dijeran, el verdadero poder, el que hace sonreír con desdén del poder aparente, residía en otra clase de gente. Su instrumento central y definitorio era la alta cultura: la Filosofía, la Historia, la Literatura, los Clásicos. Los sedicentes remplazos por la cultura popular, por la tecnología de avanzada, y hasta por la acumulación de ingentes fortunas provenientes de la manipulación financiera, eran simulacros inoperantes. De hecho, el disfraz de cosa anticuada y pasada de moda de la alta cultura era la estratagema perfecta para desorientar a las masas incautas. Por eso la alta cultura seguía siendo privilegio casi exclusivo de la clase alta. Pero el Sabio Loco no pensó siquiera en clonar a un miembro de esta clase. Justamente porque tenían tan asegurado el ejercicio del poder último y definitivo, y lo tenían asegurado en toda la sucesión de generaciones de sí mismos, no le servían.

Pensó entonces en recurrir a algún gran criminal, pero era una idea romántica, atractiva sólo por su resonancia nietzscheana, y en el fondo absurda.

Al fin se decidió por lo más simple y efectivo: por una Celebridad. Por un Genio reconocido y aclamado. ¡Clonar a un genio! Era el paso decisivo. A partir de ahí, el camino al dominio del planeta estaba expedito. (Entre otras cosas, porque la mitad ya estaba recorrido). Sintió la excitación de los grandes momentos. Más allá de esta maniobra, no tenía necesidad siquiera de hacer proyectos o abrigar esperanzas, porque todo quedaría puesto, «invertido», en el Gran Hombre, que por ser superior se haría cargo. Él por su parte quedaría libre de toda responsabilidad, salvo la de hacer el papel del chupamedias, el bufón abyecto, y ya no importaría su incompetencia, su pobreza, sus metidas de pata; al contrario, se volverían sus cartas de triunfo.

Lo eligió cuidadosamente, o mejor dicho no necesitó elegirlo porque el azar le

había puesto en la mira, y al alcance de la mano, al genio más indiscutido e intachable que pudiera querer; su nivel de respetabilidad rozaba el máximo. Fue su blanco natural, y puso manos a la obra sin dilación.

Decir que lo tenía «al alcance de la mano» es una exageración; en nuestra cultura de las celebridades, éstas viven aisladas dentro de inexpugnables muros de privacidad, y se desplazan en invisibles fortalezas que nadie escala. Pero el mismo azar que se lo había señalado se lo puso más o menos cerca... No necesitaba estar demasiado cerca. Todo lo que necesitaba era una célula de su cuerpo, una célula cualquiera pues todas contienen la información que se necesita para clonar al individuo entero. Como no podía confiar en que la casualidad le permitiera apoderarse de un pelo o un recorte de uña o una escama de piel, usó a una de sus criaturas más confiables, un pequeño clon de avispa reducido al tamaño de un punto, cargado de nacimiento con los datos de identidad del genio de marras, y la mandó en su misión secreta al mediodía, con las condiciones de proximidad aseguradas (la avispa tenía poca autonomía de vuelo). Confiaba ciegamente en ella, porque la sabía sujeto de las fuerzas infalibles del instinto, de la Naturaleza que nunca se equivoca. Y no lo defraudó: diez minutos después volvía, y traía en las patitas la célula... La puso de inmediato en la platina de su microscopio de bolsillo, y quedó extático. Confirmaba lo bien fundado de su estrategia: era una célula bellísima, profunda, cargada de lenguajes, irisada, de un color azul límpido con reflejos transparentes. Nunca había visto una célula igual, casi no parecía humana. La puso en el clonador portátil que había llevado consigo, llamó un taxi al hotel, se hizo llevar al páramo más alto de las inmediaciones, desde allí siguió trepando a pie durante un par de horas, y ya en los ventisqueros donde empezaba a faltarle el aire buscó un sitio recóndito para depositar el aparato. Esta incubación en la cumbre de una montaña no era un detalle poético: las condiciones de presión y temperatura a esa altura eran las que necesitaba el proceso; para reproducirlas artificialmente debería haber estado en su modesto laboratorio, del que lo separaban muchos miles de kilómetros, y temía que la célula no resistiese los rigores del viaje, o que perdiera su lozanía. La dejó allá arriba y bajó. No le quedaba más que esperar...

Aquí debo hacer una primera traducción parcial. El «Sabio Loco», por supuesto, soy yo. La identificación del Genio puede resultar más problemática, pero no vale la pena perderse en conjeturas: es Carlos Fuentes. Si acepté ir a ese Congreso en Mérida fue sólo después de que se confirmara la presencia de él; necesitaba acercarme lo suficiente como para que mi avispa clónica pudiera arrebatarme la célula. Era una oportunidad única de tenerlo al alcance de mis maniobras científicas. Me lo daban servido en bandeja, y sin tener que gastar siquiera en el pasaje de avión, que no habría podido permitirme tal como están las cosas últimamente. O tal como estaban, antes del episodio del Hilo de Macuto. Había tenido un año malísimo, de indigente, por la gravedad de la crisis económica, que afectó de manera especial al sector editorial. Pese a ello, no había interrumpido mis experimentos, porque en el nivel en

que trabajaba no necesitaba dinero. Además de venirme como anillo al dedo para mis fines secretos, esta invitación al Congreso me daba la oportunidad de pasar una semana en los trópicos, de tomarme unas vacaciones, y descansar y reponerme y ventilarme un poco después de un año de preocupación constante.

De vuelta en el hotel, la exaltación de las últimas horas pasaba a la fase de anticlímax. La primera parte del operativo, la que más exigía de mí, estaba cumplida: había conseguido una célula de Carlos Fuentes, la había puesto en el clonador y a éste lo había dejado funcionando en condiciones óptimas. Si a eso se suma que el día anterior había descifrado el secular enigma del Hilo de Macuto, podía darme por satisfecho por el momento, y pensar en otras cosas. Disponía de unos cuantos días para hacerlo. Clonar seres vivos no es soplar y hacer botellas. Se hace solo, pero lleva su tiempo. Si bien el proceso está prodigiosamente acelerado, necesita casi una semana del calendario humano para completarse, porque debe reconstruir en pequeño toda la geología de la evolución de la vida.

No me quedaba más que esperar. Debía pensar algo para ocupar el tiempo. Como no tenía intenciones de asistir a las tediosas sesiones del Congreso, me compré un traje de baño y a partir del día siguiente empecé a pasar las mañanas y las tardes en la piscina.

II

En la piscina, todos mis propósitos se concentraban en uno solo: atenuar mi hiperactividad cerebral. Dejarme ser, desnudo al sol. Hacer el silencio dentro de mí. Es un propósito que me persigue en todos los meandros de mi vida, casi una idea fija. Es la pequeña idea de alarma que suena en medio de todas las demás, aumentando el ruido psíquico, ya de por sí considerable. La hiperactividad se ha vuelto el modo de ser normal de mi cerebro. Siempre ha sido así, en realidad, al menos desde mi adolescencia, y del modo normal del resto del mundo, el pausado y semivacío, me enteré por mis lecturas, por la observación, la deducción y la adivinación. Y porque en alguna ocasión, durante algunos segundos, he tenido la experiencia. Mis lecturas sobre técnicas psíquicas orientales, y hasta esos estúpidos artículos sobre «meditación» que suelen traer las revistas femeninas, me hicieron saber que existe un paso más allá: el vacío mental, la falta completa o casi completa de actividad eléctrica en la corteza cerebral, el apagón, el descanso. Y si en algún momento, con mi característica ambición, quise situarme ahí yo también, y practiqué con ingenua

confianza cuanto ejercicio indicaban las recetas, tuve que convencerme de que era tiempo perdido. Eso no era para mí. Yo antes debía apearme de las cimas del frenesí, tomar las riendas y apaciguar a la bestia desbocada de mi pensamiento, hacerle tomar un paso normal; sólo entonces podría avizorar con realismo esos orientes de serenidad espiritual.

Me he preguntado cómo llegué a esta situación, qué pasó en mi etapa formativa para que mi flujo mental tomara esta velocidad desmedida y se estacionara en ella. También me he preguntado (qué no me habré preguntado) por la medida exacta de esta velocidad, ya que el concepto de «hiperactividad cerebral» es aproximativo, y debe de contener graduaciones.

A la primera pregunta, la de la historia de mi mal, la he respondido mal o bien con un pequeño «mito de origen» privado, cuyas modulaciones han sido todas las novelas que he escrito. Si quisiera esquematizarlo en abstracto me vería en apuros, porque las variantes del mito no son «ejemplos» particulares de una forma general, del mismo modo que los pensamientos particulares que atraviesan como relámpagos mi cabeza todo el tiempo no son casos o ejemplos de un pensamiento tipo.

Ese mito de las miríadas ideales, ese pequeño drama sin actores ni argumento, tendría la figura de una válvula. O, en términos menos técnicos, de lo que Baudelaire llamó «irreversibilidad». Pensamiento que se forma, no vuelve a pasar por las horcas caudinas de su engendramiento, no retrocede a la nada de la que provino. Lo cual explica, además del atestamiento feroz, un rasgo muy visible de mi carácter: mi atolondramiento, mi imprudencia, mi frivolidad. Pues el retroceso de una idea a sus condiciones de producción es la condición necesaria de su seriedad.

En mi caso, nada vuelve atrás, todo corre hacia adelante, empujado salvajemente por lo que sigue entrando por la válvula maldita. Este cuadro, llevado a su punto de maduración en mis vertiginosas reflexiones, me dictó el camino de la solución, que voy poniendo en práctica esforzadamente cuando tengo tiempo y ganas. El camino no es otro que la harto trillada (por mí) «huida hacia adelante». Ya que la vuelta atrás me está vedada, ¡adelante! ¡Hasta el final! Corriendo, volando, deslizándome, a agotar todas las posibilidades, a conquistar la serenidad con el fragor de las batallas. El vehículo es el lenguaje. ¿Qué otro? Porque la válvula es el lenguaje. Ahí estuvo la raíz del problema.

Lo cual no quita que de vez en cuando, como lo hice en estas sesiones de piscina, lo intente al modo convencional, relajándome, tratando de olvidarme de todo, tomándome vacaciones.

Pero no me hago ilusiones: esta ocupación tiene algo de simulacro porque no creo que yo vaya a renunciar nunca a mi vieja y querida hiperactividad cerebral, que al fin de cuentas es lo que soy. Por más proyectos de cambio que uno haga, nunca se cambia voluntariamente el fondo, la esencia, que suele ser el nudo de los peores defectos que uno tiene. Yo lo cambiaría, y seguramente ya lo habría cambiado, si fuera un defecto visible, como la cojera o el acné; pero no lo es. El resto del mundo

no tiene modo de adivinar mis torbellinos mentales bajo mi aspecto impasible, salvo quizás por una exageración de esa impasibilidad, o por ciertas distracciones en las que entro y de las que salgo sin aviso. O bien, para algún crítico literario sobrehumano, por mi relación con la lengua. La hiperactividad cerebral se manifiesta, dentro de mí (y la lengua es mi puente con el exterior) con mecanismos retóricos o cuasi retóricos. Y éstos se distorsionan de un modo muy peculiar. Por ejemplo la metáfora: todo es metáfora en la microscopía hiperkinética de mi psiquis, todo está en lugar de otra cosa... Pero de la totalidad no se sale indemne: el todo forma un sistema de presión que distorsiona las metáforas y desplaza sus miembros a todas las demás, con lo que se establece un continuo.

«Salir por adelante» de esta situación requiere un gran esfuerzo de arte-ciencia ante el que, por supuesto, no he retrocedido. Pero es un esfuerzo que hago en mis términos. Aquí también actúa el principio de Heisenberg: la observación modifica al objeto observado, y aumenta su velocidad. Bajo mi lupa interior, o dentro de ella, cada pensamiento en su anamorfosis retórica toma la figura de un clon, una identidad sobredeterminada.

Lo que me recuerda la respuesta a la pregunta que había quedado pendiente: cómo medir la velocidad de mi pensamiento. Estoy probando un método de mi invención: lanzar a través de todos los pensamientos uno perfectamente vacío, que por no tener contenido permite ver los contornos fugaces, pero fijos en él, de cada contenido ajeno. Este hombrecito clónico retrógrado, el Velocímetro, es mi compañero de caminatas solitarias, y es el único que conoce todos mis secretos.

III

Así como soy todo pensamiento, soy todo cuerpo. No es contradictorio. Los todos se superponen... El concepto de «todo» es bastante resbaladizo; sólo puede manejarlo el sujeto en acción, y desde el momento en que el sujeto puede enunciarlo se vuelve una verdad. Era verdad dentro del Universo restringido de esas jornadas de descanso que me permití en el intervalo de mi operación, en la piscina de un lujoso hotel de las afueras de la ciudad, bajo el sol de los trópicos. Lamentaba que fueran los pocos días de una sola semana; en el goce que me producía esa deliciosa pasividad, no podía sino desear que fuera así toda la vida, todo el mundo, todo el todo. Era natural deslizarme a la totalidad. Mi cuerpo la aceptaba, se hinchaba de ella, la irradiaba. Para completarlo, me tocó un clima perfecto. Y a la piscina iba poca gente, algunos

jóvenes, chicas y muchachos, unas criaturas con sus madres, algún solitario como yo... Algunas mañanas no había nadie. El cuidador nadaba melancólicamente, largo tras largo, dormitaba en su silla, o se entretenía pescando con el bichero de retícula finísima un mosquito ahogado que flotaba entre dos aguas. El agua estaba limpia como un cristal bien lavado, se habría podido leer el diario en el fondo. Mis anfitriones del Congreso me dijeron que era lógico que no fuera mucha gente... Es más, no podían creer cuando yo les decía que no era el único. ¿A quién puede ocurrírsele, exclamaban, ir a nadar a una piscina en pleno invierno? Es cierto que era invierno, pero tan cerca del Ecuador yo no lo notaba, para mí seguía siendo verano, y seguía siendo una totalidad de verano y vida.

Una cosa curiosa que noté, y quiero dejar registrada en este informe, es que todos los que nos reuníamos en la piscina esos días, sin conocernos ni habernos concertado en lo más mínimo, éramos especímenes perfectos del género humano. Quiero decir, teníamos aspecto humano, con todos los miembros y correspondientes músculos y nervios en su lugar y en las debidas proporciones. La perfección física en el humano es rara por definición, ya que el menor defecto la anula. Si uno sale a la calle y mira a la gente, apenas uno de cada cien pasa la prueba. Todos los demás son monstruos. Pero, para mi lánguida sorpresa, todos los que nos reuníamos cotidianamente en la piscina, (siempre distintos, salvo yo) éramos una reunión de esos unos por ciento. Me pregunto si no será siempre así, en toda reunión casual. Sea como sea, la exposición de los cuerpos de los bañistas al sol, en traje de baño, no podía engañarme. El espectáculo me descansaba la vista y la mente. Directamente no buscaba defectos, porque no los había; en cierto modo, no podía haberlos. Las desviaciones del canon físico producen monstruos; toda clase de monstruos, hasta los imperceptibles. Un dedo del pie ligeramente más ancho o largo de lo que debería ser basta para hacer una clase de monstruo. Una célula, una falta de ortografía dentro de una célula... Por algún motivo, los monstruos escapan de la red que trae a los humanos a la superficie. Quedan flotando como ludiones en las penumbras de la irrealidad. Yo de esto sé mucho porque es la rama de la ciencia que practico.

Las perfecciones por su parte son todas distintas: la perfección en sí es la perfección o realización plena de la diferencia. Por eso, cultivar la perfección es colaborar con lo que un joven discípulo me señaló una vez como la tarea a la que debíamos dedicar nuestra vida: hacer nacer el individuo.

Las ensoñaciones me paralizaban. Estaba cataléptico en mi reposera durante horas. El arte de la perfección del cuerpo sólo podía llevarse a cabo en un eterno verano, o en un día eterno, o en una vida sin fin... Pero, como las estaciones en los trópicos, como este anacrónico invierno estival, esas eternidades debían recortarse en una extranjería psíquica, y ser invisibles para todos.

¿No era más práctico este método que el de los clones? ¿Acaso algo me impedía adoptarlo? Ahora que era rico, gracias al Hilo de Macuto (todavía no me acostumbraba a la idea, era demasiado reciente), podía venir a instalarme bajo estos

cielos, y vivir desnudo al sol, sin preocuparme por nada. Ni siquiera debería cambiar de rubro. La literatura, la clonación... las transformaciones... Hay algo de lo que me he convencido, y que considero la premisa básica de todo lo que yo pueda hacer en mi vida: que todas las transformaciones se llevan a cabo *sin el menor gasto de energía*. Eso es fundamental. Si se requiriera un esfuerzo, así fuera el más mínimo, dado que el punto de partida y el de llegada en una transformación son idénticos, i. e. «lo transformado», la energía quedaría sobrando, e iría a hinchar por un lado o por otro al universo, produciría un bulto, y estaríamos de vuelta en el campo del monstruo.

Pero no. Me despertaba de esas fantasías el recuerdo del trabajo que tenía entre manos. Me zambullía por última vez, nadaba un rato en la piscina ya desierta, y después me paseaba por el borde, dejando que el sol que se ponía, y las suaves brisas de altura, me secaran. Podía ver todo a mi alrededor las montañas, con las cimas cubiertas de nieve. Allá arriba, en algún punto inaccesible, el clonador, el corazón oculto de los cerros, estaba realizando su trabajo secreto.

Mi sombra se estiraba delante de mí, una sombra humana pero también extraña, irreconocible. Apartaba los brazos del cuerpo, y los brazos de la sombra hacían lo mismo, levantaba un pie, quebraba la cintura, hacía girar la cabeza, y la sombra me imitaba. ¿Lo haría también si abría los dedos de una mano? Probaba. Me entregaba a una danza de reconocimiento... Los bañistas me miraban de reojo, con discreción... Cuando uno está de viaje siente una cierta impunidad, piensa que nadie lo conoce. No era mi caso. Cuando la brisa me traía retazos de sus conversaciones, comprobaba que estaban hablando de mí: «famoso escritor... el Hilo de Macuto... salió en los diarios...».

La impunidad, siempre es impunidad para ponerse a danzar. ¡Qué me importaba el ridículo! Yo estaba en tren de ganarme una especie superior de impunidad, y eso nadie lo sabía.

IV

La única interrupción que hubo en esta seguidilla de jornadas de descanso y natación la provocó una ceremonia privadísima que me sentí obligado a realizar el miércoles a la noche. Esa tarde había muerto la avispa.

Dos días atrás, después de que me trajera la célula de Carlos Fuentes, la había devuelto a la jaula en la que la había traído de Buenos Aires. Al decidir traerla yo ya

sabía que para ella era un viaje sin retorno. Esos insectos tienen vidas muy breves, y de hecho ésta, al llegar a los cinco días, había sido longeva. Una vez cumplida su misión, como ya no la necesita más, habría podido destruirla, lo mismo que a su jaulita, para no dejar huellas de mis maniobras. Haber viajado con ella tenía su matiz de riesgo, así que la había mantenido clandestina. Aunque en realidad no hay legislación sobre tráfico internacional de material clónico, la sensibilidad de la policía aduanera al ingreso de drogas, mutantes genéticos y armas bacteriológicas podía haberme causado problemas. Pero no tenía más remedio que traerla, así que me arriesgué. Por suerte no tuve inconvenientes.

Tampoco quería que se supiera de su existencia en el hotel: mi actividad científica es un secreto; dar explicaciones me habría puesto en un brete, sobre todo si salía a luz que estaba experimentando con el célebre autor mexicano. Ya se ve entonces que lo más prudente habría sido hacer desaparecer a la avispa desde el momento en que no la necesitaba más; y no debería haber sentido ningún escrúpulo puesto que de todos modos la muerte natural no podía tardar. Pero la lealtad hacía mi pequeña criatura fue más fuerte. Prefería esperar a que falleciera por las suyas, que cumpliera su ciclo vital, como si entre ella y yo mediara la Naturaleza con sus leyes sacrosantas.

Desconfiaba de las mucamas del hotel, de su curiosidad y brutalidad, pero aun así la dejaba en la habitación. Podría haberla llevado conmigo adonde fuera, en el bolsillo, pero más que de las mucamas desconfiaba de mi distracción: siempre estoy perdiendo cosas, o dejándomelas olvidadas, en todas partes. Así que la dejaba guardada, días enteros, mientras duraban mis interminables sesiones de piscina. Bajo llave, eso sí. Afortunadamente no tuve motivos para arrepentirme. Cuando volvía a mi cuarto la sacaba y ponía la jaulita en la mesa de luz, mientras leía acostado o dormía. Además de la lealtad, debió de haber un componente de sentimentalismo o de soledad: después de todo, era una compañía, un recordatorio de mi vida de hogar y laboratorio, una minúscula chispa argentina.

Hablar de «avispa», o de «insecto», como lo hago, es una simplificación abusiva; son palabras que, como hago repetidamente en este libro, uso sólo para hacerme entender. Para crear mi «avispa» yo había usado ADN de avispa, es cierto, porque necesitaba algunas de sus propiedades, pero las había usado sólo como maniquí (aquí recorro a la jerga especializada) de otras virtudes que requería la misión, y que extraje de mi catálogo de genes. Si preferí el maniquí de avispa al de libélula o abeja fue porque su adherencia a los genes extraños es mayor. Pero la bestezuela resultante se parecía muy poco a una avispa: para empezar, era del tamaño de una mota de polvo. Bajo el microscopio, se habría parecido más a un hipocampo dorado, con vigorosas alas de polilla, en forma de abanico, y saliéndole de la cabecita algo entre cuerno de rinoceronte y pinza de cangrejo, articulado: el sacabocados celular. Todo eso hay, y más, en la zoología. Era un prototipo, un espécimen único, un simpático monstruito que no se repetiría.

Como dije, el miércoles al atardecer, cuando volví de la piscina, la encontré

muerta. Su vida se había consumado, en menos de una semana: había comenzado en la Argentina y había terminado en Venezuela, varios miles de kilómetros al norte. Me quedé contemplándola un rato, triste sin saber por qué. Su cadáver no era más que un punto, que además se había puesto translúcido, apenas ambarino, en el piso de su casita, en la que ya no viviría nadie porque la había construido para ella. Al hablar antes de «jaula» también lo hice para simplificar; era un cubículo de papel celofán, del tamaño de un dedal, al que por fantasía le di forma de un chalet suizo, con cámara de presurización hecha a base de gen de lamprea. Si existiera el gen del mobiliario, le habría hecho un lindo ajuar, tan perfeccionista soy.

Caía la noche. Bajé a cenar, y después estuve haciendo tiempo en el bar, hasta las once. Contra mi costumbre, tomé un café. Nunca lo hago a esa hora, porque me quita el sueño, y le tengo horror al insomnio. Pero esta noche velaría, porque ya había adoptado un plan de acción. Y además, con esa sobredeterminación que conozco tan bien, que se desencadena y prolifera no bien empieza la acción, necesitaría uno de los implementos del café: la cucharita, que robé. Era una preciosa cucharita de plata, con un payaso labrado en el mango.

Un rato después, tras haberle hecho creer a mis acompañantes que me iba a dormir, salía del hotel. La ciudad estaba desierta. Tomé la dirección contraria al centro; la calle subía en una pendiente inclinada, hasta la autopista de circunvalación, más allá de la cual me encontré en campo abierto, en el faldeo de las montañas. Me interné unos cientos de metros, hasta dejar de oír los autos. La única luz era la de las estrellas, pero estaban tan encendidas, tan arrebatadas, tan cercanas, que lo veía todo, cerca y lejos, las masas abruptas de piedra, los rincones profundos del valle, el río bajo los puentes.

Cualquier sitio daba lo mismo, y éste donde me hallaba era tan bueno como cualquier otro, así que eché mano al bolsillo para sacar a la pequeña difunta. En ese momento observé a mis pies un movimiento de las masas oscuras que había tomado por piedras. Miré bien, y vi que todas se movían, con lentitud y regularidad de sonámbulos. Eran zamuros, esos buitres negros que andaban todo el día planeando sobre el valle. Posados, como los veía ahora por primera vez, parecían unas lúgubres gallinas gibosas. Por lo visto yo había ido a parar a uno de sus dormitorios monteses. El paseo al que los encontraba entregados podía deberse a que los había sacado del sueño con mi intrusión, o quizás realmente eran sonámbulos. Me parecieron el cortejo ideal para acompañar el entierro de la avispa. Puse manos a la obra.

Con la cucharita cavé un hoyo circular de unos cinco centímetros de diámetro y casi veinte de profundidad, en el fondo abrí una cámara sepulcral aproximadamente esférica, y deposité ahí el chalecito suizo de celofán con su moradora por la eternidad. Clausuré la entrada con una moneda y rellené el túnel vertical con tierra que apisoné con el pulgar. Un guijarro triangular clavado en la superficie hizo de lápida.

Me puse de pie, y le dediqué un último pensamiento a mi avispa. ¡Adiós,

amiguita! ¡Adiós...! No nos veríamos más, pero yo no la olvidaría... No podría olvidarla, aunque quisiera. Porque nada la reemplazaría. A la melancolía se mezclaba la exaltación. El Sabio Loco (y yo mismo, en otro de los niveles de significación de este relato) podía jactarse del lujo inaudito de haber hecho que un proceso evolutivo completo sirviera a un fin determinado y único, y además subsidiario, casi como ir a comprar el diario... Había necesitado alguien que fuera a conseguirme una célula de Carlos Fuentes, y para ello, y nada más que para ello, había creado un ser en el que confluían millones de años y muchos millones más de delicadezas de selección, adaptación y evolución... sólo para realizar un servicio único y agotar en él su sentido; una criatura descartable, como si el milagro que es el hombre hubiera sido creado una tarde sólo para ir a la puerta a ver si llovía, y cumplida esa tarea se lo hubiera aniquilado. Por supuesto que con los procedimientos de la clonación esos desmesurados períodos de labor natural se miniaturizaban en unos pocos días, pero aun así seguían siendo esencialmente los mismos.

V

Aquí creo que ha llegado el momento de hacer otra «traducción» de lo que vengo contando, para poner en claro mis verdaderas intenciones. Mi Gran Obra es secreta, clandestina, y abarca toda mi vida, hasta en sus menores repliegues y en los aparentemente más banales. He disimulado hasta ahora mis propósitos bajo el disfraz tan acogedor de la literatura. Como escritor no causa aprensiones especiales. Marginalmente, esa fachada me ha dado algunas satisfacciones mundanas, y un modus vivendi aceptable. Pero mi objetivo, que a fuerza de transparencias se ha vuelto mi secreto mejor guardado, es el típico del Sabio Loco de los dibujos animados: extender mi dominio al mundo entero.

No se me escapa que aquí hay una coartada metafórica; el «dominio», el «mundo», son palabras, y la frase que las contenga se presta a interpretaciones inteligentes, filosóficas, paradójicas...

No caeré en esa trampa. El dominio del que hablo quiere extenderse en la realidad, el «mundo» no es otro que el mundo común y objetivo. Si hay algo paradójico, es que el lenguaje haya modelado a tal punto nuestras expectativas que la realidad real se haya vuelto lo más lejano e inaprensible.

Mi Gran Obra tiene como prolegómeno infinito, justamente, la apertura de las puertas de la realidad. A una de estas «puertas» (esta metáfora es inofensiva) ya me

he referido: la perfección. De ahí la piscina. Mi cerebro: el campo de batalla.

Pasada cierta edad, la perfección del cuerpo propio es amenazada por una duda. Es difícil evaluarse objetivamente, porque uno sigue siendo un adolescente para uno mismo, y los demás siempre tienen algún motivo para mentir. La perfección se vuelve un ansia, a veces devoradora. Uno haría cualquier cosa por lograrla; la haría, sinceramente: cualquier dieta, cualquier gimnasia. No hay esfuerzo ante el que retrocedería. Pero uno no sabe cuál es esa «cualquier cosa», y no tiene modo de averiguarlo. Si le pregunta a diez personas, le darán diez respuestas diferentes. Y así se desperdicia el más genuino anhelo. Uno haría lo que fuera necesario... si supiera qué es. Pero no lo sabe.

De modo que la perfección tiene que darse de entrada. No se llega a ella. Lo milagroso es que realmente se da. La vida tiene esa generosidad, y la tiene siempre.

Si lo anterior fuera una adivinanza, no necesitaría decir la respuesta ni siquiera escribirla al revés al pie de esta página, porque cualquier lector la habría dicho antes: el amor. El amor, la coincidencia portentosa, la sorpresa, la flor del mundo.

Hasta aquí he venido haciendo un retrato del personaje que me representa en términos más o menos justos y realistas, pero parciales. Hasta aquí, podría tomárselo por un científico frío y lúcido, que redacta una memoria razonable, en la que hasta las emociones toman un tinte helado... Para completar el cuadro, habría que pintar un fondo de pasión, tan vívida y excesiva que hace temblar a todo el resto.

No entraré en detalles, porque sería contraproducente. Me conozco, y sé que el triunfo de mi pudibundez, cuando me pongo a escribir, se traduciría en unos cuentos de hadas tan absurdos que no sé adónde iría a parar. Diré solamente lo básico; mejor que eso, haré un esquema.

Hace años, en esta misma ciudad, en esta misma piscina, conocí a una mujer de la que me enamoré. No pude o no quise comprometerme, volví a Buenos Aires, retomé mi vida, pero el recuerdo de Amelina no me abandonó. Debo decir que no mantuvimos ni siquiera contacto epistolar, porque al irme había olvidado anotar su dirección, lo que fue un olvido muy significativo. En efecto, no me sentía con derecho de amarla. Tenía la edad para ser mi hija, era una estudiante de literatura, de una inocencia difícil de describir. Y yo por mi parte, casado, padre de familia, dedicado a una obra científica secreta que me obligaba a retorcidos maquiavelismos... ¿Qué futuro podíamos tener? La ocasión pasó, y al mismo tiempo no pasó. El amor de Amelina siguió habitándome, y fue una constante fuente de inspiración. Ahora, al volver, pensaba en ella... Pero Amelina no apareció. Seguía viviendo en la ciudad, como me enteré casualmente, y tenía que saber de mi presencia por los diarios, pero se mantuvo lejos. Me evitaba. Lo comprendí, y lo acepté. Además, no estaba seguro de reconocerla si la volvía a ver. Había pasado mucho tiempo, muchos años, probablemente se había casado...

Era una historia vieja, más vieja que ella misma en realidad. Cuando conocí a Amelina, fue amor a primera vista, envolvente, un torbellino... Lo fue porque su

corriente me arrastraba muy atrás, hasta la época en que yo también había amado. Para entonces ya era un hombre maduro, había perdido casi todas mis esperanzas, me sentía de vuelta, creía que nada me devolvería mi juventud perdida. Y nada me la devolvió, por supuesto. Pero al ver a Amelina, milagrosamente, reconocí en sus rasgos, en su voz, en sus ojos, a una mujer que había sido la gran pasión de mis veinte años. A la bella Florencia la había amado desesperadamente (lo nuestro era imposible) con toda la locura de la adolescencia, y nunca dejé de amarla. No pudo ser, nuestros caminos se separaron, ella se casó, yo también, vivíamos en el mismo barrio, a veces la veía pasar, con sus hijos que crecían... Pasaron veinte años, treinta... Ella engordó, la niña delicada y tímida que yo había adorado se volvió una señora madura, con su respetabilidad de clase media... Ya debe de ser abuela. ¡Qué increíble! ¡Cómo vuela la vida! Para el corazón el tiempo no pasa.

Florencia había renacido, en todo el esplendor de su juventud, en la dulce Amelina, que yo había tenido que cruzar el continente para encontrar. Las sentí identificarse hasta en sus menores detalles, en el más íntimo repliegue de sus sonrisas, o de sus sueños. La coincidencia atravesaba la vida, y en el extrañamiento mágico que me provocaba yo encontré la justificación de mi trabajo: en los años que siguieron a mi encuentro con Amelina mi Gran Obra tomó vuelto, tomó una dirección definida y empecé a ver sus frutos. Fue mi Musa.

Pues bien. El jueves a la tarde, yo estaba adormecido en mi reposera al borde de la piscina, cuando de pronto algo me hizo levantar la cabeza y mirar a mi alrededor. En un primer momento no me pareció que pasara nada especial: los pocos bañistas que me acompañaban a esa hora estaban quietos, algunos conversando a media voz, unos chicos jugaban en el agua. En el cielo los sempiternos zamuros. Y sin embargo, en esa calma sin accidentes se preparaba algo, podía sentirlo...

Supe que me encontraba en un estado profético, como poseído. Lo que estaba por suceder ya estaba sucediendo. Me puse de pie de un salto, liviano y pesado a la vez, una estatua de metal flotante, y fui al borde de la plataforma del solarío. Al otro lado de la piscina, justo frente a mí, se alzaba una estatua palpitante. Nunca me he sentido tan desnudo. Era Amelina, más grande que el natural (¿o más chica?), en colores suaves que se dirían tomados de las penumbras del mediodía. Ella también me miraba. Comprendí que era una alucinación porque la veía tal como había sido años atrás, casi una niña que me descubría con toda la sorpresa de la aventura del amor. Y sin embargo era real, o tenía algo de real. Siempre hay algo de real en lo que pasa, es inevitable. Pero era demasiado extraño el tono de su piel, y el modo en que la luz que la delineaba se aislaba de la luz atmosférica. Eso se debía, lo noté con un sobresalto, a que su figura no proyectaba sombra en el suelo. Al instante, en una secuencia psíquica muy veloz, supe que yo tampoco tenía sombra, y que en el cielo, lo comprobé alzando la vista, había desaparecido el sol. El cielo perfectamente celeste de las cuatro de la tarde, sin una sola nube... no tenía sol. Se había evaporado.

Volví a mirar a Amelina. Del agua de la piscina que nos separaba se alzaban

monumentales formas transparentes en continua metamorfosis. Se me ocurrió que era otro Hilo de Macuto, el de los sueños, el íntimo...

De pronto, Amelina había desaparecido, las formas se aplacaron en una ondulación horizontal, y el sol volvió a brillar en medio del cielo. Mi sombra volvía a alargarse frente a mí... Mi sombra, en todas las piscinas de los Andes.

No pude evitar echar una mirada hacia las montañas, en la dirección aproximada donde había dejado el clonador. El gesto tuvo la virtud de devolverme a la realidad. De lo que estaba pasando allá, al menos, estaba seguro que no era un sueño. Fueran cuales fueran las vías extrañas que tomaban mis pensamientos, el proceso continuaba, independiente de mí; aunque después tendría que hacerme cargo de él. Pero eso sería una especie de epílogo; en sí, la Gran Obra consistía precisamente en abstenerme de toda intervención, lograr un paralelo de absoluta objetividad.

VI

En otro nivel, hay otra coincidencia: la de la velocidad del pensamiento consigo misma. Esto equivale a decir que la Gran Obra, como producción del individuo, es exactamente la que se hace en el lapso de la vida a esa velocidad constante. En cierto sentido, la velocidad es la Gran Obra; en el procedimiento, se confunden. De modo que mi Gran Obra, mi trabajo secreto, es personalísimo, intransferible, nadie más que yo podría realizarlo, porque está hecho de los innumerables instantes psíquicos y físicos cuya sucesión confirma mi velocidad. La velocidad a la que me despliego en el tiempo. Al hacerme individuo, mi trabajo me hace amar y ser amado.

Lo anterior se me ocurre al considerar, con asombro, la cantidad de cosas que me pasaron mientras no pasaba nada. Lo noté al correr de la pluma: hubo mil pequeños incidentes, todos cargados de significado. He tenido que hacer una selección, porque si no sería cosa de nunca acabar. Pero es normal que en los viajes pasen más cosas que en la rutina de la vida sedentaria. No sólo porque realmente pasan, porque uno se pone en movimiento y sale en busca de los hechos, sino porque al salir de lo habitual nuestra percepción se despierta, vemos y oímos más, y hasta soñamos más. Para alguien que viaja tan poco como yo, y que lleva una vida tan rutinaria como la mía, un viaje puede representar una diferencia abismal; es el equivalente objetivo de la hiperactividad cerebral.

La selección de hechos con los que llevo adelante este relato de los días de espera, mientras se realizaba el proceso de clonación en la montaña, la estoy haciendo

un poco al azar, atendiendo nada más que a sus posibilidades de traducción. Debo decir que también se estaba llevando a cabo el Congreso de Literatura al que me habían invitado, y del que me mantuve tan ajeno que no podría mencionar uno sólo de los temas que se trataron en sus conferencias y paneles de discusión. Pero uno de sus momentos me tenía de participante, y aunque esta participación, por suerte, era pasiva e indirecta, de todos modos no tuve más remedio que enterarme. Era una actividad marginal, de asistencia optativa, que se hacía fuera del marco de las sesiones; consistía en la puesta en escena de una de mis comedias, por parte del Grupo de Teatro Universitario de la Facultad de Humanidades. Al parecer ya habían representado otras obras mías, y esta vez la elección cayó sobre la que se titula *En la Corte de Adán y Eva*. No era la que yo habría preferido, pero no puse objeciones cuando lo vi en el programa que me mandaron meses atrás. No bien llegué quisieron que presenciara los últimos ensayos, que aprobara el vestuario y la escenografía, que conociera a los actores... Me negué con cortesía. Quería ser un espectador más. Esto último lo dije por compromiso, pues me daba lo mismo verla o no verla, y si hubiera sido por mí me habría abstenido; pero terminó siendo verdad. En cuando a la sugerencia que me hicieron de dar una charla al elenco sobre las intenciones que me habían movido al escribirla, mi negativa tuvo razones más firmes. La primera, es que no creo conveniente explicarme; las demás tenían que ver con el tiempo que había pasado desde que la escribiera, y el olvido en que la tenía. Quedamos así, y, aunque probablemente desilusionados, no parecieron ofendidos.

Con todo, hice una intervención en un punto. La comedia se pondría en escena para el público en general en un auditorio recién construido; pero el preestreno sería sólo para invitados del Congreso, y existía la posibilidad de hacerlo en otro sitio, inclusive al aire libre, aprovechando el buen clima. Me pidieron mi opinión, y ahí sí sentí que tenía algo que decir. Como se esperaba de mí algo inesperado y extravagante, elegí el aeropuerto, que está en pleno centro porque Mérida ocupa todo el pequeño valle en que se encuentra. Les pareció bien, consiguieron la autorización, y se hicieron todos los arreglos.

Esa comedia data de mi época darwiniana, pero anuncia mi trabajo posterior con los clones. Fue una excepción en el conjunto de mis escritos, porque siento aversión por lo que ahora se llama «intertextualidad», y nunca tomo elementos de la literatura para mis novelas o comedias. Me impongo el trabajo de inventarlo todo; cuando no hay más remedio que recuperar algo ya existente, prefiero echar mano a la realidad. Pero esta excepción me la permití porque después de todo el Génesis es un caso especial, aunque más no sea por el título. Si la invención, o la transmutación de la realidad, son partes de una mecánica amplia de genética literaria, el Génesis bien puede considerarse su plan maestro, por lo menos entre nosotros los occidentales.

En realidad me quedo corto al decir que esta obrita anunciaba mi trabajo posterior en el campo científico. La mera idea de la existencia de Adán y Eva, de la humanidad (la especie) reducida retroactivamente a una sola pareja, da pie por sí sola a la

genética. Yo diría que es el extremo al que puede llegar la imaginación en ese campo. La genética es la génesis de la diversidad. Pero si no hay gente sobre la que pueda desplegarse la diversidad, ésta revierte sobre sí misma, se enrosca en su particularidad general, y ahí nace la imaginación.

Recuerdo que en ocasión de su estreno, hace años, un crítico la calificó de «una bella historia de amor». Retrospectivamente, yo he encontrado en esa obra una clave de mi dificultad para hablar del amor si no es a través de complejas traducciones en perspectiva. La coincidencia de Adán con Eva, en un mundo donde no era necesario buscarse por los laberintos exhaustivos de lo real, es una teoría del amor. De Adán a Eva se había dado un pasaje que, bajo la fábula de la costilla, no era otra cosa que la clonación. Una vez que los dos personajes estaban en escena la clonación caía, y definitivamente. El plano de la fábula se encargaba de ponerlo en un pasado inaccesible, un pasado que sólo podía captarse con la imaginación o la ficción. Yo creo que este mito fue el que hizo del pasado una cosa mental; sin su interposición quizás hoy estaríamos tratando al pasado como una realidad más, como un objeto de la percepción.

En el presente quedó el sexo como único camino de la reproducción. El sexo, y las maniobras concomitantes del amor. Las escenas de Adán y Eva estaban tan cerca de la clonación, de la que habían sido protagonistas involuntarios, que su pasión conyugal se contaminaba de fábula. En la medida en que yo había hecho de la sexuación un tabú personal, me acercaba a ellos con el temblor de una familiaridad monstruosa.

Ahora empiezo a recordar con más detalle la época en que escribí esa pieza. Es comprensible que la haya tenido velada en una niebla de olvido voluntario, porque fue un momento oscuro de mi vida, quizás el peor, el más perturbado. Mi matrimonio había pasado pruebas muy exigentes, yo estaba viviendo obsesionado con el divorcio, que a la vez me parecía la única solución y me causaba un pavor insoportable. Empecé a beber demasiado, y como en mi constitución hay algo refractario al alcohol, desarrollé síntomas casi grotescos; el peor fue una contracción de la pierna izquierda, que empezó a comportarse como si fuera veinte centímetros más corta que la derecha; mis dos piernas miden exactamente lo mismo, que yo sepa, pero de todos modos pasé meses cojeando del modo más llamativo. Todo lo cual, sumado, me llevó a consumir drogas (fue la única vez que lo hice en toda mi vida). Me hice adicto a la proxidina, y tarde o temprano habría muerto de una sobredosis, tanto abusaba de ella, si no hubiera encontrado la salida al fin.

Parte de mi curación, o en todo caso testimonio de ella, fue la escritura de esta comedia. Eso explica que haya recurrido a un mito ya existente. Puede parecer excesivo como explicación a mi caída en un recurso literario que deploro, pero así son las cosas, así es el parto de los montes. En el fondo, las bodas de Adán y Eva eran el mito de la contigüidad absoluta, el sexo precedido y hecho posible por la clonación; la proxidina producía eso mismo en mis células cinco veces por día. Pero

una vez que todo fue devuelto a la literatura, la curación fue completa.

Otro episodio confluyente, que ahora la memoria me alcanza con un gesto que parece querer decir: «tengo más», fue una especie de alucinación fugaz que tuve en aquella época, y que, en medio de las muchas alteraciones perceptivas que me producía la droga, no me llamó demasiado la atención.

Cada vez que cerraba los ojos veía dos hombres lanzándose uno contra otro, como dos esgrimistas, pero sin armas; los veía de costado, muy perfilados, los dos vestidos de negro. La escena tenía muy poca profundidad de campo, era casi una pintura animada, pero dotada de un terrible volumen de violencia.

Abría de inmediato los ojos y la escena desaparecía. Me llenaba de horror el odio con el que estos dos hombrecitos ópticos se lanzaban uno contra el otro. No podía soportarlo, y los disolvía alzando los párpados a resorte, con lo que la escena se redujo siempre para mí a ese esbozo de estocada sin arma. ¿Qué pasaría después? Nunca lo supe, pero quizás algún día lo sepa.

La cita era el sábado a última hora de la tarde. Abrevié un poco, muy poco, mi sesión de piscina, volví al hotel en taxi, me di una ducha y estuve dormitando un rato. Bajé cuando me avisaron por teléfono que salía el bus. Mis colegas, hombres y mujeres, estaban endomingados como para ir a la ópera. Las jóvenes estudiantes que trabajaban de voluntarias en la organización del Congreso estrenaban atuendos brillantes, y sobre sus rostros morenos muy maquillados se alzaban peinados altos y elaborados, con moños de seda. Había dos buses esperando, y una larga fila de taxis y limusinas. Como siempre, estábamos atrasados. Subí al primer bus, cuyo chofer tocaba la bocina con impaciencia, y partimos como una flecha. Para ahorrar tiempo, tomamos por la autopista elevada que rodeaba la ciudad, y fui todo el trayecto contemplando por la ventanilla el panorama de montañas, absorto en mis pensamientos. Si mis cálculos no fallaban, esa misma noche mi clonador daría el gong final a su tarea, y se rompería el cascarón del Genio. Ya debían de estar dilatándose los tegumentos de la creación. Al amanecer estaría bajando de las cumbres el clon acabado de Carlos Fuentes, y se iniciaría la fase final de mi Gran Obra.

En el aeropuerto todo estaba listo para la función, que empezó no bien llegaron los últimos invitados. Aunque me habían reservado un asiento en la primera fila, preferí verla de pie, oculto, podría decirse, «entre bambalinas», es decir entre las plantas, porque la representación se hizo en el jardín que separaba las salas de espera, mostradores y bar de las salitas vidriadas de preembarque. Era un jardín maravilloso, un tanto salvaje; en esas latitudes es difícil mantener bajo control la vegetación. Matas florecidas como llamaradas envolvían el pie de las palmeras, las higueras indias proyectaban aleros de formas caprichosas, los plumerones de helechos hacían biombos hinchados, y de todas partes colgaban enormes orquídeas amarillas, violetas, celestes. Las hojas de algunas plantas eran tan grandes que una sola habría bastado para ocultarme. Me entretuve espiando a la concurrencia. Todos volvían a parecerme

autómatas surgidos del corazón de mis experimentos. Me poseía una especie de desdoblamiento. Pensaba: «si fueran reales, ¿qué estarían haciendo en este momento?». Pero otra parte de mí sabía que eran reales. Era como si la realidad misma hubiera cambiado de tiempo, y ahora hubiera saltado a otro... Años atrás, en este mismo sitio, había visto a Amelina por última vez, habíamos tenido nuestra explicación final, con lágrimas y promesas. El sitio había quedado impregnado, como un éxtasis objetivo. Me di cuenta de que mis miradas la estaban buscando, pero no la vería. ¿Cómo atravesar con la vista los muros del presente? En los grandes cristales de los que estaban hechos todos los edificios del complejo se reflejaba la exuberancia del jardín, transparente en la repetición, y recorriendo esos laberintos fantasmales, las grandes formas blancas de los aviones.

La hora podía tener algo que ver. El sol se había puesto tras las montañas, tan altas y cercanas que confundían. Al desaparecer del cielo, su dorado se había intensificado en la atmósfera.

En el momento en que sonaron los primeros parlamentos, que yo recordaba mejor de lo que habría querido, mi extrañeza se acentuó. Mis ojos se habían detenido magnetizados en Carlos Fuentes, sentado en la primera fila. Se lo veía absorto en la pieza, concentrado al máximo, en otro mundo. A su lado la esposa, Silvia, hermosa como el hada buena de los cuentos, relajada y con una vaga sonrisa de interés en los labios. La vanidad del autor, que no se anulaba del todo ni siquiera en ese instante, me hizo preguntarme qué les parecería mi obrita. Temía quedar por debajo de su juicio. Pero, me dije, eso era inevitable, y además, ¿qué importancia tenía, a esta altura?

Las risas me sobresaltaron. Me había olvidado que el público podía reaccionar. Volví apresuradamente con la atención a los actores, que evolucionaban en medio del jardín. Eva estaba recostada en un diván, con un voluminoso traje rojo de sultana y un Ratón Mickey de goma en brazos. Parecía esperar algo con impaciencia. Dos bufones tocaban sendas arpas a sus pies. Entraba una sirvienta y anunciaba:

«El Señor Adán no puede venir ahora, señora: está ocupado». ¿Qué era todo eso? No lo reconocía, era demasiado dadaísta. Y sin embargo, yo lo había escrito. Eva iba a buscarlo ella misma a su laboratorio. Adán aceptaba acompañarla a tomar el té, pero no a desprenderse de su Exoscopio, con el que cargaba trabajosamente porque era un aparato enorme. Poco a poco me volvía el recuerdo. Sí, yo había escrito todo eso. Es más: estaban respetando escrupulosamente el texto, hasta la última coma. Si hubiera tenido alguna duda de que yo lo había escrito, ahí estaban mis temas recurrentes, mis pequeños trucos, y hasta los diálogos que había tomado de la realidad sin cambios y que me remitían a tés que yo había tomado con mi esposa en lejanas tardes de verano. ¿Pero por qué lo tomaban en tazas desmesuradas, de veinte litros? En ese punto, lo que tenía que recordar (y lo hacía) era el proceso mental que había tenido lugar al escribir; en este caso, recordar equivalía a reconstruir. Ese detalle de las tazas quería decir que al comienzo del mundo los tamaños todavía no

eran congruentes: eso había llevado un largo lapso de evolución. Los diálogos, con acento caribeño, me sonaban raros, sobre todo desde que empezaba a recuperar su pulso intelectual, pero debía reconocer que eran textuales.

En un solo punto habían innovado los productores: Adán era negro. Aunque no llegaba a ser una innovación. Simplemente el actor era negro, y probablemente era el mejor actor con que contaban. ¡No iban a discriminarlo! En Venezuela hay bastantes negros, aunque muchos menos en la zona andina, y menos todavía en la Universidad. Pero los pocos que hay se destacan, así que no podía asombrar que a éste le hubieran dado el papel protagónico. Seguramente hacían como si fuera uno más, igual a todos los otros, y de hecho quizás yo era el único que se estaba dando cuenta de que era negro.

En cuanto al Exoscopio, con el que Adán cargaba todo el tiempo, toda la pieza, habían hecho un buen trabajo, aun remitiéndose a la solución más simple y menos imaginativa. Este aparato era el pivote sobre el que giraba todo el juego escénico. En las acotaciones yo me había limitado a indicar su tamaño (dos metros por uno y medio por uno, más o menos), y que debía tener aspecto de dispositivo científico-óptico. La idea, que aquí el utilero había captado, era que fuese una «máquina soltera»; quizás lo había captado demasiado bien, porque este Exoscopio se parecía un poco en exceso al Gran Vidrio de Duchamp.

Los incidentes de la trama iban pasando uno tras otro. Toda la intriga se basaba en una imposibilidad misteriosa que anidaba en el corazón mismo de la relación entre los dos protagonistas. El amor era real, y sin embargo era imposible. Los experimentos de Adán, las frivolidades cortesananas de Eva, eran evasiones. El amor se revelaba en una imposibilidad que parecía metafísica o sobrenatural, y en realidad era muy simple y hasta prosaica: Adán era casado.

Debo confesar que no supe resolver el difícil problema que presentaba este argumento. Porque si Adán y Eva eran respectivamente el único hombre y la única mujer en el planeta, entonces la esposa de Adán, la esposa ausente cuya existencia le impedía vivir su amor con Eva, no era otra que la misma Eva. La idea (muy característica de mí, al punto que creo que es la idea que me hago de la literatura) había sido crear algo equivalente a esas figuras a la vez realistas e imposibles, como el *Belvedere* de Escher, que se ven viables en el dibujo pero no podrían construirse porque son apenas una ilusión de la perspectiva. Eso se puede escribir, pero hay que estar muy inspirado, muy concentrado. Yo fallo en la precipitación, en el apuro por terminar, y en la desesperación por gustar. En esta comedia lo había podido sostener sólo a fuerza de ambigüedades y de réplicas chistosas. Y por poco tiempo, porque muy pronto empezaban a pasar cosas.

Fue entonces, cuando la acción se precipitaba al fin, después de los exasperantes diálogos del té, que cayó sobre mí como una bomba atómica mental la magnitud de mi chapucería. ¡Otra vez había cedido a la tontería, a la frivolidad de inventar por inventar, a recurrir a lo inesperado como un *deus ex machina*! El viejo consejo

sapiencial que adorna el frontispicio de mi ética literaria, «Simplifica, hijo, simplifica», ¡otra vez dilapidado! Lo poco de bueno que he escrito, lo hice ateniéndome, por casualidad, a él. Sólo en el minimalismo se puede lograr la asimetría que para mí es la flor del arte; en la complicación es inevitable que se configuren pesadas simetrías, vulgares y efectistas.

Pero en mí es fatal, esa manía de agregar cosas, episodios, personajes, párrafos, de ramificar y derivar. Debe de ser por inseguridad, por temor a que lo básico no sea suficiente, y entonces tengo que adornar y adornar, hasta una especie de rococó surrealista que a nadie exaspera tanto como a mí.

Era como una pesadilla (la pesadilla de las pesadillas), ver materializarse los defectos vivientes de lo que había escrito. En lo cual había, para mi castigo, algo de justicia poética, porque la lógica a la que empezaba a obedecer la comedia a partir de ese punto era la de las pesadillas. Al pobre Adán se le rebelaba el cerebro, y en un acceso de demencia asesinaba a Eva... El drama estaba exornado de detalles truculentos: la decapitaba, y después de hacer algunos malabarismos macabros con la cabeza dividía la larga cabellera rubia en dos mechones y la ataba a la cintura del cadáver, que dejaba de pie. Los lazos del moño de pelo quedaban colgando sobre las nalgas, y la cabeza adelante, como un tapasexo. Tras lo cual huía, siempre cargando el Exoscopio. Intervenía la policía babilónica, y el inspector a cargo comentaba: estamos ante un asesino serial, el patrón del crimen se repite, ésta es la séptima, todas rubias de pelo largo, la cabeza atada a la cintura... ¡Pero Adán, por definición, era el primero y único de los hombres! Entonces no podía ser un sospechoso más, sino el culpable necesario. Y más que eso, si Eva era la única mujer, ¿cómo iba a ser una víctima más en la serie? Los asesinos seriales son un fruto tardío de la evolución. Yo mismo no entendía.

A continuación, en la gruta donde se había escondido Adán, el fantasma de Eva aparecía integrado a los cristales de la máquina soltera. Los agentes de una potencia extranjera aprovechaban la situación para robarle el Exoscopio, sin saber que Eva seguía viviendo en él... Era grotesco, chocante, me avergonzaba.

VII

Increíblemente, esa bazofia gustó. Al terminar, ya era de noche. Con la última luz, en el momento culminante de la función, había aterrizado el avión de la tarde; a Mérida llegan dos vuelos diarios, y los dos tienen que tocar tierra con luz diurna por

causa de las maniobras que deben realizar los pilotos para sortear los picos que rodean ese valle estrecho. El ruido de los motores cubrió algunas réplicas, y pocos minutos después los pasajeros atravesaron la escena en fila india, cargados de bolsos y maletas, sin interrumpir la representación. Ese detalle era el que más se comentaba durante el brindis que ofreció después el Director del Aeropuerto. Había un clima festivo, casi eufórico; todo el mundo parecía contento, menos yo. Me dejé llevar por la mala idea de extraerme de la depresión bebiendo. Desde mi desintoxicación, diez años atrás, no probaba una gota de alcohol. Al menos tuve la prudencia de no mezclar; pero el ron es engañoso, siempre suave, siempre tranquilizante, como una perenne causa sin efecto, hasta que el efecto se manifiesta, y entonces uno se da cuenta de que el efecto ya estaba presente desde el principio, desde antes de que empezara a haber causa. En el salón había un problema de resonancia. Todos gritaban y nadie se oía. Yo recibía las felicitaciones con talante de perfecto idiota. Veía moverse los labios y sonreía, a veces movía los labios yo también, y bebía y volvía a sonreír; me dolía la cara de tanto sostener esa mueca. Hasta las palabras de Carlos Fuentes las recibí de ese modo.

Lo que sucedió a continuación lo tengo desdibujado en la bruma de la ebriedad. Nos subimos a los buses, que nos llevaron directo al comedor del hotel, a cenar, y de ahí al bar a seguir bebiendo, y a la medianoche fuimos en taxis a una disco... A lo largo de estos diversos estadios de la velada yo sentía, por debajo de los efectos agudos del ron, una incomodidad que no se aplacaba, sobre todo porque no llegaba a localizarla. No sabía qué era lo que estaba mal; no podía ser el sentimiento de estar fuera de lugar, porque es lo habitual en mí. A la larga pude explicarme lo que pasaba: era que en mi estado de semiinconsciencia me había integrado al grupo de los jóvenes: había vuelto con ellos en el bus, me había sentado a su mesa, y había quedado enganchado en lo que siguió. Eran los estudiantes que hacían trabajo voluntario en la organización (ellos la llamaban «logística») del Congreso, casi todos chicas, casi ninguno de más de veinte años. Los que se anotaban para ese trabajo no eran necesariamente entusiastas de la literatura. Mis colegas no habían hecho nada para sacarme de entre ellos, al contrario. Confirmaban la fama que yo me había hecho de preferir la «vida» a las letras. Estaban convencidos de que yo andaba detrás de las jovencitas, y lo aprobaban, en cierto modo los legitimaba indirectamente a ellos también, al demostrar que la literatura era parte de la vida y de la pasión. Los estudiantes por su parte no pedían otra cosa que la atención que yo parecía prestarles, que los prefiriera a ellos a los famosos escritores con los que habría debido estar departiendo, y lucirse en público con el héroe del Hilo de Macuto.

En la disco pasé el resto de la noche. Había luces estroboscópicas, música salsa a todo volumen, y tanta gente que apenas quedaba sitio para moverse. A mí no me importaba porque estaba en la estratósfera. Los jóvenes me hacían una guardia de corp ebria. La idea falsa que mis colegas maduros se hacían de mí podía encararse desde otro punto de vista, que en el fondo era el mismo: el vampirismo. La falsa

madurez que era la mía no podía verse de otro modo. Pero mi vampirismo es especial, creo.

El vampirismo es la clave de mi relación con el prójimo, es el único mecanismo que me permite relacionarme. Por supuesto, es una metáfora. Los vampiros propiamente dichos no existen, son apenas el punto en el que se enganchan todas esas formas de parasitismo vergonzante que necesitan de la metáfora para asumirse. La forma que toma en mí esa metáfora es especial, como digo. Lo que le succiono al prójimo al que me prendo no es dinero, ni seguridad, ni admiración, ni, pasando al rubro profesional, temas o historias. Es el estilo. He descubierto que todo ser humano, todo ser vivo en realidad, además de todo lo que puede exhibir como posesiones materiales y espirituales, tiene un estilo con el que hace la gestión de esas posesiones. Y he aprendido a detectarlo y a apropiármelo. Lo cual tiene una consecuencia de importancia en mis relaciones, al menos en las que he hecho pasados los cuarenta años: son pasajeras, empiezan y terminan, y son bastante fugaces. Cada vez más fugaces, a medida que voy haciéndome más hábil en la captura de un estilo personal. Cualquier otro género de vampirismo podría hacer permanentes las relaciones, por ejemplo si le extrajera dinero o atención a mi víctima; las reservas del prójimo tienden a hacerse infinitas. Aun si fuera en busca de historias, un solo sujeto podría proveérmelas indefinidamente. Pero el estilo no. Tiene una maquinaria que se agota en su pasaje interpersonal. Puesto en acción, no tardo en ver secarse a mi vampirizado, marchito y vacío, y pierde todo interés. Entonces paso al siguiente.

Con lo anterior he dicho todo el secreto de mi actividad científica. Los famosos clones, no son otra cosa que duplicación de células de estilo. Lo que debería llevarme a la pregunta por mi hambre de estilos. Creo que la respuesta está en la mera necesidad de persistir. He buscado en el amor una salida a esta necesidad, pero sin éxito por el momento.

Estábamos apilados en una banqueta contra la pared; a mi lado, conversando por momentos conmigo, estaba Nelly, una de mis jóvenes amigas venezolanas, estudiante de letras, de posgrado. Yo la admiraba y solía sentir respecto de ella esa rara especie de envidia que cruza la barrera de los sexos. Debía de tener veintiuno o veintidós años, pero encarnaba un ideal sin edad. Era pequeña, delgada, los rasgos de una pureza rara, los ojos enormes, un aire aristocrático. Su traje, de pantalones muy anchos y corpiño, era de un raso morado; los senos perfectos estaban casi descubiertos; en los pies, unas babuchas orientales muy puntiagudas. La cabellera rubia, rizada, le caía sobre los hombros en una diagonal que ocultaba un ojo. Parte de su encanto estaba en lo incongruente. Era mulata, quizás con sangre india también, pero el rostro era el de una francesa. El color del pelo era reciente, a juzgar por comentarios que les había oído a sus amigos; yo la había conocido pelirroja, años atrás. Nunca se podía adivinar qué estaba pensando. En la disco estaba tranquila, relajada, con un vaso de ron en la mano y los bellos ojos perdidos en la contemplación. Parecía estar en otro lugar. Hablaba solamente cuando le dirigían la

palabra; cuando no, se dejaba envolver por un silencio pacífico y acogedor. Su voz era un susurro, pero tan bien articulado que se hacía entender perfectamente sobre el estruendo de la música.

—Estás hechicera esta noche, Nelly —le dije, con la lengua trabada por el alcohol—. Como siempre, por lo demás. ¿O ya te lo dije? Cada frase que pronuncio me sale repetida, aunque por eso mismo la siento doblemente, forrada en la verdad profunda de su sentido y su intención.

Por un momento pareció no haberme oído, pero ése era su modo normal de reaccionar. Se volvió hacia mí, en el casi inexistente espacio de maniobras que había entre nuestros dos cuerpos pegados, como si la estatua de una diosa girara en el altar.

—Me arreglé con cuidado especial en honor a ti, César. Hoy fue tu día.

—Muchas gracias. Lo estoy disfrutando. Pero siempre estás elegante, es parte de vos.

—Qué amable. Eres bueno por dentro y por fuera, César. —Debí de mostrar con el gesto alguna extrañeza por la segunda parte de la proposición, porque la oí agregar: —Eres hermoso y joven. La luz era muy baja, prácticamente estábamos en tinieblas. O mejor dicho, los haces y parpadeos de los reflectores coloreados permitían ver lo que pasaba, pero no reconstruirlo mentalmente. Ése es el descubrimiento tan astuto de estos locales nocturnos. El trabajo lumínico exterior reproduce el subjetivo, y éste se anula, ayudado por el alcohol y el ruido. De esas profundidades de anulación se elevaba, dorada y tibia como una hurí del paraíso, la bella Nelly. La tomé del talle y la besé. Sus labios tenían un sabor extraño, que se me antojó el sabor de la seda. Estábamos tan cerca, tan encimados, que todo el movimiento insumió un desplazamiento mínimo, casi imperceptible.

—Ya no soy joven —le dije—. ¿No has notado cuánto pelo he perdido desde mi visita anterior? Alzó la vista a mi cabeza, y lo negó. Yo insistí, con pertinacia de borracho. Le dije que mi calvicie inminente me aterrorizaba. Y no por mera coquetería, sino por un motivo muy concreto. De joven, le dije, en un raptó de locura, me había afeitado el cráneo y me había hecho tatuar una inscripción, que después había cubierto el pelo al crecer. Si ahora me quedaba calvo y esa inscripción salía a luz, sería el fin del escaso prestigio que había logrado construir como un frágil cascarón de defensa a mi alrededor.

—¿Por qué? ¿Qué dice? —preguntó haciendo por el momento como si me creyera.

—Sólo te diré que es una declaración de fe en la existencia de los extraterrestres.

Un rayo violeta que le barrió la cara por un instante me mostró su sonrisa seria.

Era por eso, seguí, que gastaba una fortuna en champúes con nutrientes capilares, y el motivo de que, desconfiando de los productos comerciales, me hubiera dedicado a la química.

Al rato, cambiando de tema, le pregunté por el anillo que lucía en su mano izquierda. Era una joya intrigante, en forma de corona, con una piedra azul cuyas

facetas parecían engarzadas por separado. Me dijo que era su anillo de graduación, una de las tradiciones de la Universidad, aunque el de ella tenía una particularidad: se la habían hecho doble, pues conmemoraba sus dos graduaciones simultáneas, como Profesora de Letras y como Profesora de Didáctica de las Letras; era una distinción bastante sutil, pero ella parecía orgullosa de esa doble promoción.

Dejó su manito de seda entre mis zarpas corroídas por los ácidos nucleicos con los que trabajo. La acerqué a mis ojos para admirar el anillo, que realmente era una pieza notable de orfebrería y de ingenio. Cada vez que una bola de luz estroboscópica rodaba sobre nosotros, la piedra azul se encendía en brillos, y por las dos diminutas ventanas cinceladas me dejaba ver una multitud de jóvenes bailando. Sobre la delgada cinta de oro que corría en serpentinas alrededor de la piedra se deslizaba una leyenda.

—Mira —me dijo haciendo girar el anillo con dos dedos de la otra mano—. Las letras de una leyenda se recombinan para formar la otra, y puedes leer cualquiera de mis dos títulos.

Yo no podía, evidentemente, por la rareza de la luz y mi aturdimiento a esa hora, pero sí podía admirar el mecanismo. Le besé los dedos.

Que Dios me perdone, pero tenía mis serias dudas sobre la seriedad de los estudios en esa Universidad tropical. Todos estos diálogos y caricias en la discoteca participaban de un contexto más amplio, en el cual yo estaba midiendo la inteligencia real de Nelly. Todas mis maniobras de seducción, inocentes o arriesgadas, y hasta las más apasionadas y sinceras, tienen por fondo común una constante evaluación de la inteligencia de la mujer en cuestión. No puedo evitarlo. El trasfondo debe de ser la fantasía adolescente de llegar a tener en mis manos una esclava sexual, una mujer que se pliegue, sin el menor resto, a la voluntad de mis deseos. Para ello su inteligencia debería tener una configuración y un tamaño muy especiales. Pero la inteligencia es misteriosa. Siempre me burla, se hurta a mis manejos, inclusive los literarios, y queda como un enigma irresoluble.

Nelly tenía para mí otro interés, a la vez más positivo y más inefable. Era la mejor amiga de Amelina, su confidente, lo sabía todo sobre ella... Entre otras cosas, sabía dónde se ocultaba. Era un instrumento del secreto, pero un instrumento misterioso a su vez, que establecía una continuidad del amor. No se parecían en nada, eran casi opuestas. Alguna vez yo las había comparado, en broma, con el sol y la luna. Allí en la discoteca, y en mi intoxicación, yo tenía a mi lado, palpitante y perfecta, una realidad que se tocaba con todas las otras y se continuaba en ellas hasta abarcar el mundo entero. Los ojos soñadores de Nelly se perdían en la noche y en mí.

VIII

Al alba, las cosas surgían de su realidad, como en una gota de agua. Los objetos más triviales, adornados de realidad profunda, me hacían vibrar casi dolorosamente. Una mata de hierba, un adoquín, un trocito de tela, todo era suave y denso. Estábamos en la plaza Bolívar, frondosa como un verdadero bosque. El cielo se había puesto celeste, sin una sola nube, sin astros ni aviones, como si se hubiera vaciado de todo; el sol debía de haber salido, al otro lado de las montañas, pero sus rayos no tocaban todavía ni siquiera las altas cumbres del lado occidental. La luz se hacía intensa, y los cuerpos no proyectaban sombra. Lo oscuro y lo claro flotaban en estratos. Los pájaros no cantaban, los insectos debían de estar dormidos, los árboles se mantenían quietos como en un cuadro. Y a mis pies lo real seguía naciendo, como un mineral que naciera, átomo por átomo.

La extrañeza que le daba brillo a las cosas provenía de mí. De mi perplejidad abismal brotaban mundos.

«¿Entonces, puedo amar?», me preguntaba, «¿puedo amar de verdad, como en una telenovela, como en la realidad?». La pregunta excedía todo lo pensable. ¿Amar? ¿Yo, amar? ¿Yo, el hombre cerebro, el esteta de la inteligencia? ¿No sería necesario que pasara algo que lo hiciera posible, una marca cósmica, un acontecimiento que invirtiera el curso de todos los hechos, una especie de eclipse...? A centímetros de mi zapato un átomo más se cristalizaba en transparencias de llama, y después otro... Si yo podía amar, así nomás, sin que el universo se diera vuelta, la única condición que subsistía para que la realidad se hiciera real era la contigüidad: que las cosas se pusieran al lado de las cosas, en filas o en placas... No, era imposible, no podía creerlo. Y sin embargo... ¡Plop! Otro átomo de aire, a la altura de mi cara, que iniciaba otra espira de combustión espléndida. Si todas las condiciones pueden reducirse a una sola condición, es ésta: que Adán y Eva sean reales.

Nelly y yo, sentados en un sofá de piedra bajo los árboles, estábamos pálidos como el papel. Yo tenía los rasgos tirantes al máximo, la cara de un viejo, blanco, sin sangre, los pelos parados. Lo sabía porque me estaba viendo reflejado en los vidrios del Exoscopio, que teníamos frente a nosotros. Los actores del Teatro Universitario lo habían traído a la discoteca como un fin de fiesta, para hacerme un homenaje de despedida; habíamos bailado a su alrededor como salvajes celebrando una orgía pluvial, viéndonos todos dentro de él, miniaturizados y cabeza abajo. Después, borrachos, se lo dejaron olvidado, y me tomé el trabajo de transportarlo a la plaza, pensando que tarde o temprano lo recordarían y vendrían a buscarlo, pues lo necesitaban para el estreno oficial de la obra.

Había que reconocer que habían hecho un buen trabajo. El alba se reflejaba entera en el Exoscopio, y en el alba nosotros dos, como después del fin del mundo. Haciendo un esfuerzo aparté la vista de los vidrios del aparato y miré a Nelly directamente. Sin saber por qué, le hice una pregunta estúpida:

—¿En qué pensás?

Ella guardó silencio un momento, con los ojos en el vacío, pero atenta: —¿No oyes, César? ¿Qué estará pasando?

Yo habría jurado que el silencio era absoluto, pero al ser extranjero no podía juzgar sobre lo normal o anormal que hubiera en él. De todos modos, no era el silencio lo que estaba intrigando a Nelly. Al salir de mi ensoñación yo también oía gritos de alarma, autos que aceleraban, sirenas, todo en un rumor sordo que latía alrededor, sin afectar la quietud ultramundana del centro de la ciudad, aunque acercándose.

—Los pájaros han dejado de cantar —susurró Nelly—, y hasta las moscas se han escondido.

—¿Será un terremoto? —arriesgué.

—Puede ser —dijo sin comprometerse.

Pasó un auto a toda velocidad por un costado de la plaza. Atrás venía un camión militar cargado de soldados armados, uno de los cuales nos vio y nos gritó algo, pero iba tan rápido que no entendimos.

—¡Mira! —exclamó Nelly señalando hacia arriba.

Vi que la terraza de un edificio alto estaba llena de gente mirando a lo lejos y gritando. En los balcones todo alrededor de la plaza sucedía lo mismo. Empezaron a repicar las campanas de la Catedral, frente a nosotros. Las calles se atestaron en un santiamén de autos con familias enteras...

Parecía una locura colectiva. Por mi parte, podría haberlo contemplado como algo normal: no conocía las costumbres de la ciudad, y nada impedía a priori que todos los amaneceres de domingo fueran así, con los lugareños asomándose a balcones y terrazas para ver cómo estaba el clima, y festejando a gritos que fuera bueno para sus paseos o prácticas deportivas; las campanas de la Catedral por su parte no hacían más que llamar a la primera misa; las familias partían bien temprano a sus picnics...

De no haber estado con Nelly podría haberlo tomado por la rutina dominical. Pero ella estaba intrigada en grado sumo, y hasta un poco alarmada.

Era evidente que lo que pasaba estaba pasando a lo lejos, y toda la lejanía de ese vallecito cerrado estaba en las montañas que lo rodeaban. No podíamos verlas desde la plaza, pero en cualquiera de las calles adyacentes se abrían las vistas panorámicas que hacían el encanto turístico del sitio. Me puse de pie. Nelly debió de pensar lo mismo porque también se levantó y calculó velozmente dónde estaría el punto más cercano para salir de dudas.

—Vamos a los arcos de la calle Humboldt —dijo poniéndose en marcha. Esos arcos, yo los conocía, estaban a cien metros, daban a unas larguísimas escaleras públicas, y el desnivel era tan pronunciado que podía verse toda una mitad del valle. Empecé a seguirla, pero la detuve con un gesto:

—¿Dejamos aquí este armatoste? —dije señalando el Exoscopio.

Se encogió de hombros. Lo dejamos, y fuimos a paso rápido. En el breve trayecto

hasta el arco, que hicimos en un escaso par de minutos, la actividad en la calle se multiplicó al punto que la muchedumbre nos dificultaba la marcha. Todos estaban excitados, algunos aterrorizados, la mayoría se apresuraba como si sus vidas estuvieran en juego. Todos hablaban, pero yo no entendía una palabra, como si hablaran lenguas extranjeras, lo que debe de ser un efecto natural del pánico.

Al asomarnos, lo vimos. Era tan asombroso, que me llevó un tiempo asimilarlo. Por lo pronto, la alarma se justificaba, de sobra. No sé bien cómo describirlo. Esa primera visión era ultramundana; seguía siendo el alba, el sol todavía no aparecía, el cielo estaba muy claro y muy vacío, los cuerpos no proyectaban sombras... Y de las cimas de las montañas bajaban lentamente unos colosales gusanos azules... Advierto que decirlo así puede hacer pensar en la escritura automática, pero no hay otro remedio que decirlo. Parece la intromisión de otro argumento, por ejemplo el de una vieja película barata de ciencia ficción. Y sin embargo había una perfecta continuidad que no se había interrumpido en ningún momento. Eran seres vivos, en eso no podía engañarme: tenía demasiada experiencia en la manipulación de las formas de vida. Hay movimientos que ninguna máquina puede imitar. El tamaño de los gusanos podía calcularse en unos trescientos metros de largo por veinte de diámetro; eran cilindros casi perfectos, sin cabeza ni cola, aunque la forma geométrica debía reconstruirse mentalmente porque se los veía enroscados, curvados, adaptándose a las anfractuosidades de los montes. También se los veía blandos y babosos, pero el peso formidable podía deducirse del modo en que apartaban enormes rocas a su paso, partían las laderas, hacían saltar arboledas enteras como astillas. Lo más extraordinario, lo que habría sido admirable de no haber sido porque en las circunstancias agregaba un toque de terror extra, era el color: un azul fosforescente, con reflejos de agua, de cielo casi nocturno, un azul que parecía húmedo de placentas originales.

Nelly me tomó el brazo. Estaba horrorizada. Deslicé la vista por el perímetro del gran anfiteatro andino: había cientos de gusanos, todos bajando hacia la ciudad. Por los gritos de la gente, que de pronto empecé a entender, supe que en las montañas a nuestras espaldas, las que no podíamos ver, estaba pasando lo mismo. Ya he dicho que Mérida está enteramente rodeada de alturas. Eso significaba una cosa: que en poco tiempo seríamos aplastados por los monstruos. Los desprendimientos que producían en los faldeos eran cataclísmicos; todo el valle temblaba con el rodar de piedras grandes como casas, y ya debían de estar sucediendo destrozos en las afueras. Un simple cálculo de proyección indicaba que la ciudad estaba condenada sin remedio. Dos o tres de esos gusanos bastarían para echarla abajo hasta el último ladrillo. ¡Y había cientos! Más que eso: con espanto y desaliento noté que la cantidad era indefinida... y creciente. Era como si siguieran naciendo, y el proceso no daba señales de detenerse. Los más avanzados ya estaban a medio camino entre la línea de las altas cumbres y el piso del valle. Era por eso que bajaban: su propia multiplicación los expulsaba pendiente abajo. Era una fatalidad casi mecánica, no

debida a un impulso asesino de las extrañas bestias. Justamente, eran demasiado extraños para albergar designios. Lo que nos destruiría sería su tamaño... Si a alguien se le ocurrió pensar que el tamaño podía ser una ilusión óptica, y que se irían empequeñeciendo al bajar, hasta quedar, inofensivos como colillas, bajo la suela de nuestros zapatos, tuvo que descartar la idea: eran muy reales, y tener uno cerca sería una experiencia terminal.

La esperanza que podía albergarse en la relatividad de los tamaños quedó penosamente disipada con el episodio que pudimos presenciar en ese mismo momento desde el arco. Varios camiones militares, el que habíamos visto pasar frente a la plaza y otros, confluían en una ruta ascendente rumbo a los gusanos. Los vimos detenerse a la altura del más avanzado. Los soldados echaron pie a tierra y se abrieron en abanico frente a la mole azul. Ahí ya no podía haber engaño: los hombres eran insectos al lado del monstruo, patéticamente inofensivos. Esto último quedó de manifiesto cuando empezaron a disparar sus metralletas. No erraban un solo tiro (era como apuntar a la montaña misma) pero podían seguir disparando una eternidad con el mismo efecto, es decir ninguno. Las balas se perdían en las blandas toneladas de carne azul como piedritas arrojadas al mar. Probaron con bazookas, con granadas, y hasta con un cañón antiaéreo instalado sobre la capota de uno de los camiones, siempre con la misma irrisoria inutilidad. El desenlace vino cuando una parte del cuerpo del gusano, en su marcha ciega, resbaló por un sesgo abrupto de la ladera y rodó sobre la ruta, aplastando camiones y hombres como un colosal palo de amasar. Los redujo a láminas. Los sobrevivientes huían despavoridos. La multitud que nos rodeaba rompió el silencio atónito con el que había seguido los hechos, y oí llantos y gritos de angustia. Era una confirmación de los peores pesimismo. Alguien señaló otro punto, a un costado, donde estaba sucediendo otra catástrofe: era la carretera por la que se salía del valle atravesando los páramos. Sobre una compacta fila de autos que pretendían escapar se había desplomado otro gusano, causando muertes sin cuento. La fila quedó detenida, y la gente abandonaba los autos para volver corriendo hacia la ciudad, saltando entre las matas y las piedras. No había escape. Era definitivo. Las miradas se volvían asustadas a los viejos edificios coloniales entre los que nos encontrábamos: la ciudad misma parecía ser el último refugio posible, y era ilusorio pensar que sus endeble muros podrían detener el peso de los gusanos.

El sentimiento colectivo se volvía hacia sí mismo, a comprobar en el reactivo del miedo la realidad de lo que estaba pasando. Y en esa reversión me alcanzaba a mí. Como tanta gente, como todos quizás, siempre he pensado que en una verdadera catástrofe colectiva podría encontrar la materia de mis sueños, tomarla en las manos, darle forma, al fin; así fuera por un instante, todo me estaría permitido. Se necesitaría algo tan grande y general como un terremoto, una colisión planetaria, una guerra, para que la circunstancia se hiciera genuinamente objetiva, y le diera espacio a mi subjetividad para tomar las riendas de la acción.

Pero aun en lo supremamente objetivo se manifestaba lo subjetivo. Los ejemplos

de cataclismo que he dado, y que en realidad no son ejemplos, no incluyen una invasión de grandes criaturas babosas... Eso nunca pasaría en la vida real; procede de una imaginación febril, en este caso la mía, y vuelve a ella como metáfora de mi vida íntima.

Aquí ha llegado el momento de hacer otra mudanza de nivel, otra «traducción». Pero ésta es tan radical que da toda la vuelta y reanuda el hilo del relato exactamente donde lo había dejado.

Y es que los procesos mentales del personaje que me representa en la «traducción» anterior, a partir del punto donde se razonaban los beneficios de la catástrofe colectiva, se diluyeron enteramente en la ficción, recuperaron todos los cabos sueltos, operaron una reinterpretación generalizada no sólo de las «traducciones» previas, sino del proceso mismo del que salen las «traducciones».

Como en la interpretación de una pesadilla, me había asaltado una duda repentina: ¿no sería culpa mía? A priori, parecía absurdo, un caso extremo, y exagerado hasta la caricatura, de la desproporción entre pequeñas causas y grandes efectos. Pero una cosa llevó a la otra, y se fue haciendo verosímil en una progresión vertiginosa. Me remontaba por mis propias «traducciones» hasta la raíz de todas ellas, hasta el dispositivo que había representado su origen. La marcha de los gusanos se hacía retrógrada en mi mente, y con la misma brutalidad ciega con que bajaban volvían a subir, arrasando mis invenciones, de cuyos cadáveres aplastados surgían nubecillas de recuerdos, fantasmas de recuerdos.

Porque lo había olvidado todo. El sistema mismo que elaboraba los pensamientos se encargaba de borrarlos, en sinuosas franjas de blanco que atravesaban todos los niveles. ¿Cómo se puede tener tanta amnesia en una sola vida? ¿No es un punto a favor de la teoría de la reencarnación?

Claro que está la «traducción ciega», la que se hace trasponiendo mecánicamente las lenguas, sin pasar por el contenido, que es lo que hacen los traductores profesionales cuando se topan con la descripción técnica y detallada de una máquina o un proceso... Para entender de qué se trata deberían consultar un manual sobre el tema, estudiar algo que ignoran y que no les interesa... ¡Pero no es necesario! Con traducir correctamente, frase tras frase, toda la página, la traducción quedará bien hecha y ellos seguirán tan felizmente ignorantes como al principio, y cobrarán por su trabajo. Después de todo, a ellos les pagan por saber el idioma, no por saber los temas.

La manada titánica de gusanos azules tenía su vórtice invertido en un punto de las montañas. De ahí surgían a la luz y se deslizaban, antes de hacerse del todo visibles, por el horizonte quebrado de las cimas, como una bola en la ruleta, hasta detenerse en un punto cualquiera, materializarse y empezar a bajar. Eran tantos y tan constante la emisión que bajaban a la vez de todos los puntos del círculo (en esta ruleta salían todos los números a la vez). Ese punto de surgimiento, yo podía localizarlo, y no había nadie más que pudiera hacerlo: era mi clonador. No podía ser otro. Los años

dedicados full time a la manipulación de materia clónica me habían afinado un sexto sentido para reconocerla. Estos gusanos tenían todas las características; su desmesura misma, ¿de dónde iba a venir sino de la multiplicación celular descontrolada que sólo la clonación puede producir? Los seres funcionales tienen límites infranqueables. Lo primero que pensé fue que el aparato se había descompuesto, se había vuelto loco. Pero me corregí de inmediato; ese pensamiento sólo era digno del ciudadano de la sociedad de consumo que compra un horno de microondas o una cámara de video y se ve superado por las complicaciones del aparato. No era mi caso, porque el clonador lo había inventado yo, y nadie sabía mejor que yo que su racionalidad era infalible.

Ya dije que el color y la textura de los gusanos era lo más llamativo en ellos. Fue lo que me dio la punta del ovillo de la explicación. Porque ese color, ese azul brillante tan peculiar, ya desde el primer momento me había hecho pensar en el color de la célula de Carlos Fuentes que me había traído la avispa... Aunque cuando lo vi en la célula no me evocó lo que me evocaba ahora, al verlo extendido en vastas superficies ondulantes. Ahora comprendía que yo había visto ese color en otra parte, y lo había visto el mismo día de la captura de la célula, una semana atrás. ¿Adónde? ¡En la corbata que lucía ese día Carlos Fuentes! Una espléndida corbata de seda natural italiana, sobre una inmaculada camisa blanca... y el traje gris claro... (un recuerdo atraía al otro, hasta completar el cuadro). Y la magnitud del error se me hacía patente con una evidencia horrenda. ¡La avispa me había traído una célula de *la corbata* de Carlos Fuentes, no de su cuerpo! Un gemido escapó de mis labios:

—¡Avispa pelotuda y la reputísima madre que te parió!

—¿Eh? —dijo Nelly sorprendida.

—No, no me hagas caso, yo me entiendo.

En realidad no podía culparla. Toda la culpa era mía. ¿Cómo iba a saber ese pobre instrumento clónico descartable dónde terminaba el hombre y empezaba su ropa? Para ella era todo lo mismo, era todo «Carlos Fuentes». Al fin de cuentas, no era distinto lo que pasaba con los críticos y profesores que asistían al congreso, que se habrían visto en dificultades para decir dónde terminaba el hombre y dónde empezaban sus libros; para ellos también todo era «Carlos Fuentes».

Lo veía con una claridad meridiana: la célula de la seda contenía el ADN del gusano que la había producido, y el clonador, funcionando a la perfección, no había hecho más que decodificar y recodificar la información, con el resultado que estaba viendo. Los monstruos azules no eran ni más ni menos que los clones de un gusano de seda, y si se habían magnificado hasta ese tamaño absurdo era simplemente porque yo había puesto a funcionar el clonador en modo «genio». En otras circunstancias habría sonreído con irónica melancolía al ver a qué torpe y destructivo gigantismo se reducía la grandeza literaria al pasar por los telares de la vida.

Volví en mí de estas consideraciones, que habían pasado por mi cabeza en un hipo, con la urgencia de hacer algo, cualquier cosa, para impedir la destrucción

inminente. Lamentablemente, no tengo el don de la improvisación. Pero no era hora de lamentos, sino de acción. Ya se me ocurriría algo. Y aunque no se me ocurriera, igual saldría bien. Si yo lo había empezado, yo lo podía terminar. Si había salido de mí, tenía que volver a mí. No podía ser que por mi culpa murieran varias decenas de miles de inocentes y no quedara piedra sobre piedra de esta vieja ciudad. La mera posibilidad del desastre proyectaba sobre mi persona un resplandor demoníaco. En mi carácter de escritor, soy inofensivo ¡Qué más querría yo que ser un diabólico, un destructor de mundos! Pero es imposible. Aunque, bien pensando, ahí se manifestaba la productividad del cambio de niveles, porque yo sí podía ser en la realidad un ser diabólico, un monstruo del mal: esas cosas son bastante relativas, como cualquiera lo sabe por su experiencia cotidiana.

Tomé a Nelly por los hombros y salimos de entre el grupo de curiosos agolpados en el arco. El grupo entero se disolvía, hombres y mujeres entraban en un movimiento precipitado que no tenía un objeto muy visible. ¿Qué podían hacer? ¿Escondarse en un sótano? ¿Tomar las últimas providencias? En fin, algo había que hacer.

Nelly estaba en shock. Acerqué mi cara a la suya y le hablé para hacerla reaccionar: —Voy a hacer algo. Creo que puedo detenerlos. —Me miraba, incrédula. Insistí: —Si hay alguien que pueda salvar a la ciudad, soy yo.

—¿Pero cómo? —balbuceó volviendo la vista atrás.

—Tendrás que ayudarme. —Eso no era del todo cierto, entre otras cosas porque todavía no había hecho un plan de acción. Pero dio resultado, porque sus ojos recuperaron un brillo de interés. Debió de recordar que yo era el héroe del Hilo de Macuto, y que las hazañas históricas no me eran ajenas.

No tuvimos que ir muy lejos. Literalmente tropezamos con un auto vacío que tenía el motor en marcha y la portezuela abierta; su dueño debía de haberse mezclado con el grupo que contemplaba desde el arco.

—¡Vamos! —dije. Me subí y tomé el volante. Nelly se sentó al lado. Partimos. Era un taxi, un viejo Pontiac de los años setenta, tan largo y ancho como sólo pueden serlo los autos en Venezuela hoy en día.

Temí que las calles estuvieran bloqueadas, pero no fue así. La parálisis del desconcierto subsistía en la ciudad. Aceleré, y salimos a la avenida del Viaducto. La única solución que se me ocurría era abrirme paso entre las bestias nacies, llegar hasta el clonador, y apagarlo. Así al menos cesaría la emisión. No creía que con ponerlo en reversa bastara para reabsorber los gusanos, pero podía probar. Por lo pronto, aceleré a fondo. Ya estábamos sobre el Viaducto, y teníamos una buena vista de las moles azules arrastrándose por las montañas.

—¿Adónde vamos? —dijo Nelly—. No creo que podamos escapar.

—No es mi intención, todo lo contrario. Voy a intentar llegar al punto donde están brotando. —Tras lo cual intercalé una pequeña mentira blanca, porque no quería que adivinara mi responsabilidad en el desastre: —Lo que hay que hacer es cerrar el...

agujero del que salen, y quizás pueda hacerlos volver a... las profundidades.

Se lo creyó. Era absurdo, pero en cierto modo evocaba el mecanismo a resorte del Hilo de Macuto, sobre el que yo había triunfado, y eso lo verosimilizaba.

Seguí subiendo, acelerando cada vez más. El viejo Pontiac vibraba con un estruendo de chapas sueltas. Manejar me devolvía algo de la coordinación perdida; la noche en vela y el alcohol me habían dejado un cansancio de muerte en cada célula del cuerpo. El sueño me derrumbaba. Pero el baño interno de adrenalina me mantenía en movimiento, y poco a poco iba recuperando mis facultades.

Doblé a la izquierda por una callecita que subía en una pendiente muy pronunciada, puse la primera y apreté el acelerador hasta hacer rugir el motor. Con un esfuerzo agónico el cacharro nos depositó en la autopista que rodeaba a la ciudad. Tomé a la derecha, corriendo en la brisa del alba; cruzaban el asfalto culebras y ratones que bajaban espantados de los cerros. Desde ahí tuvimos una visión en primer plano de lo que estaba pasando. El azul de los gusanos llenaba el parabrisas. Cerca y lejos, estaban en todas partes, y su progreso era inexorable. Este trayecto que estábamos haciendo no tardaría más que unos minutos en hacerse peligroso, si no lo era ya más adelante. Oímos el golpetear de algunas piedras, por suerte chicas, en la capota. Empecé a dudar de lo realizable de mi plan. Llegar al clonador parecía una misión imposible. Habría que abandonar el auto, tarde o temprano, quizás muy pronto; al menos esperaba poder llegar al desvío que subía rumbo al páramo; pero recordaba que para colocar el aparato había seguido subiendo a pie una hora, o más. Y tal como se estaban precipitando los acontecimientos, ese lapso les daría tiempo de sobra a los gusanos para hacer tabla rasa con la ciudad. Eso si lográbamos esquivarlos y alcanzar el objetivo. Pasamos frente a uno que se venía deslizando, ya a unos doscientos metros de la ruta. Vistos de tan cerca, eran abrumadores. La forma que desde lejos se había visto tan nítida, tan de gusano, aquí se volvía un amasijo azul, estilo nube. Nelly lo devoraba con los ojos, en silencio. Volvió la vista hacia la ciudad, como si calculara el lapso de lo inevitable. En ese momento sentí que recordaba algo, y efectivamente, soltó una exclamación ahogada, y me miró.

—¡César...!

—¡Qué! —dije levantando el pie del acelerador—. ¡Me olvidaba de Amelina!

La sorpresa terminó de confundirme. En ese momento más que nunca, Amelina me parecía un mito, la leyenda del amor. Como ya me había resignado a no verla más, su nombre me llegaba desde una distancia puramente lingüística. Pero las palabras de Nelly transportaban una urgencia de realidad que me obligaba a tomar una perspectiva más práctica, como si Amelina realmente existiera. Y existía, sin dudas. Estaba en algún sitio de la ciudad que veíamos extenderse a nuestra derecha, pequeña y amenazada como una maqueta de ciudad en manos de un niño furioso. Pasó por mi cerebro la imagen de Florencia, mi amor juvenil, la Florencia joven y enamorada que yo había sentido renacer treinta años después en Amelina. Como en un paisaje trucado, lo lejano se veía próximo, y viceversa. Los relevos fantasmales

del amor que habían dado forma a mi vida giraban dando forma a un túnel de luz negra en el que me hundía.

—¿Dónde está?

—En su casa. Ella duerme hasta tarde, y tiene el sueño muy pesado. ¡Debemos ir a despertarle y avisarle lo que pasa!

¿Qué ganaría ella con eso? Nada, evidentemente. Y nosotros menos. Pero la idea me atraía por dos puntas: primero, para volver a ver a Amelina, en circunstancias salvajes y perentorias; segundo, porque era la excusa ideal para abandonar el plan impráctico de remontarme hasta el clonador. En el momento de tomar la decisión, me poseía una euforia casi infantil, porque las palabras de Nelly implicaban que Amelina seguía viviendo sola, que no se había casado, y que ella, Nelly, seguía pensándola en relación a mí, y si sólo se había resuelto a mencionarla en esta extremidad era porque nuestra historia de amor era real, atravesaba las traducciones, acudía a la cita...

—Vamos —dije—. Pero tendrás que guiarme.

Señaló la primera salida de la autopista y doblé haciendo chirriar los neumáticos. Le dimos la espalda a las montañas y a los gusanos, como quien dice: ¡qué me importa!, y nos internamos de vuelta hacia la ciudad, por una avenida que yo no conocía. Me dijo que Amelina seguía viviendo en uno de los departamentos de estudiantes del edificio Nancy, el mismo donde yo la había visitado años atrás. No estaba lejos, pero nada estaba lejos en una ciudad tan pequeña.

El tránsito se espesaba, aunque seguía fluido porque nadie respetaba los semáforos. Me pregunté adónde irían. En las terrazas, la gente seguía mirando hacia los montes con la misma expectativa, la misma alarma, el mismo desconcierto. No se tomaban medidas, pero ¿qué podían hacer? Los autos corrían como locos, todos en la misma dirección...

—¿Adónde van? —preguntó Nelly.

De pronto lo supe: al aeropuerto. Me extrañó no haberlo recordado antes; por lo visto otros lo habían hecho. La única salida era por aire. Pero, aun suponiendo que hubiera disponibles algunas avionetas particulares, y que estuvieran viniendo aviones militares, no podrían salvar a muchos, y nunca a todos. El vuelo de línea llegaba a las diez, partía a las once, si es que no lo habían suspendido. Y si venía cargado de pasajeros, ellos mismos querrían ocuparlo en el regreso a Caracas.

Nos superó, tocando la bocina como una sirena, un Mercedes en cuyo asiento trasero divisé los perfiles serios de Carlos Fuentes y su esposa. Ellos también iban al aeropuerto. ¡Ilusos! ¿O les habrían ofrecido asientos en algún avión oficial? La ciudad era la capital provincial, y seguramente el gobernador tendría un avión... pero no creí que en un trance de «sálvese quien pueda» como éste se respetaran las jerarquías literarias. ¡Qué va! Seguramente ellos iban, como tantos otros, a negociar de cualquier modo una plaza... Recordé que yo tenía una reserva para el vuelo de las once, de hecho llevaba el boleto en el bolsillo... De haber podido alcanzar al poderoso Mercedes, les habría transferido mi asiento... Siempre he sentido simpatía

por Carlos Fuentes; no en vano lo había elegido para mi experimento. Me sentí un miserable. Todo lo que estaba pasando era culpa mía, y ahora, en lugar de jugarme el todo por el todo para aniquilar la amenaza (era el único que podía hacerlo), me dejaba llevar por un capricho íntimo, sentimental, con una irresponsabilidad que me avergonzaba. Para tranquilizar mi conciencia dije en voz alta:

—Nos llevará unos minutos nada más. Después iremos los tres a la montaña.

Ella me indicó dónde doblar, y siguió guiándome en una complicada vuelta que tuvimos que dar. Se inclinaba hacia adelante, y me señalaba apuntando con el dedo por dónde ir. Yo no podía evitar mirarla, y me parecía verla, otra vez, por primera vez. Volvía a descubrir su belleza, su juventud... un poco excesiva para mí, pero de eso se trataba. De volver a ser joven, «hermoso y bueno», como ella decía. Era misteriosa, la pequeña Nelly, su calma y su silencio preservaban alguna especie de secreto que me envolvía...

Aquí hay un blanco en el relato. No sé lo que pasó en los minutos que siguieron. Quizás no llegamos a lo de Amelina, quizás llegamos y no la encontramos, o no pudimos despertarla. Lo cierto es que de pronto me encontré treinta o cuarenta metros bajo el nivel de las calles, en la orilla del riacho que corre por una honda garganta que cruza longitudinalmente todo el valle y la ciudad. A mi espalda, muy arriba, estaba el Viaducto, el más céntrico de los puentes que unen uno y otro lado de la garganta. Una multitud se asomaba por ese lado, mirándome. Frente a mí, casi quieto, un gusano. No nos separaban ni veinte metros. Evidentemente el monstruo había rodado hasta ahí abajo: se veían las huellas de su caída, árboles tumbados, casas pulverizadas. Sus semejantes ya debían de estar apretando la ciudad en un anillo fatal. Eché una mirada alrededor. En los edificios que se alzaban al borde de la barranca los balcones estaban llenos de curiosos mirando nuestro enfrentamiento. Reconocí el edificio Nancy, cuyos muros rosados desprendían un brillo opaco que nos coloreaba.

Pero debía darme prisa. El sentimiento de urgencia era lo único que había sobrenadado en mi amnesia. Tenía las manos puestas sobre las barras verticales del Exoscopio, y Nelly tomaba las del otro lado. La veía a través de los paneles de vidrio. ¿Cómo habíamos llegado ahí, con ese aparato? No tenía tiempo para recordarlo, pero podía imaginármelo. Al ver caer un gusano al profundo lecho del río, que era el nivel más bajo que podía alcanzar, debí de pensar que lo tenía a mi merced, al menos por unos minutos, para probar un experimento de aniquilación. Seguramente corrimos a la plaza, que estaba a unos cientos de metros, a buscar el Exoscopio, lo traje cargando (esto lo probaba el dolor que sentía en todos los músculos del cuerpo), y nos hicimos bajar desde el puente del Viaducto: la soga que seguía colgando daba testimonio de ello.

Cuál era el experimento, no necesitaba siquiera pensarlo porque mi cerebro, en paralelo, ya venía haciendo todos los cálculos...

—Un poco más... aquí... despacio...

La pobre Nelly resoplaba en el esfuerzo. Colocamos el Exoscopio de pie frente al

gusano, e hice girar con cuidado los paneles de vidrio. Un milímetro de más o de menos podía hacer toda la diferencia. Lo vi reflejado, y toqué con la punta de los dedos su imagen en el vidrio frío. Aunque amenazante, brutal, mortífero como un rascacielos blando dotado de vida, era hermoso, como una obra maestra. Me fascina lo grande, lo desmesurado. Quizás nunca antes había hollado la tierra una criatura semejante, un ser de seda azul, tan artificioso y a la vez tan natural. Su fascinación cabía toda en la magnificación. Seguía siendo una miniatura, sobre la que se realizaba la libertad sin límites del tamaño.

Me volví para verlo directamente. Se había acercado. Aunque no tenía cara, había una expresión difusa en él, en la que creí ver su espanto por haber nacido, su sentimiento de no ser bienvenido, de haber caído donde no lo querían. Me habría quedado horas admirándolo. Después de todo, tenía motivos para pensar que era mi obra maestra. Nunca volvería a hacer nada igual, ni aunque me lo propusiera. Lo que le daba esa tonalidad de azul era el espesor de su materia, el hecho de que cada célula estuviera compuesta de realidad e irrealdad. Como si mi mirada lo excitara, volvió a ponerse en marcha, aunque lo más probable era que no se hubiera detenido nunca. Lo que para él era apenas un temblor bastó para cubrir la distancia que nos separaba. Nelly se refugió a mi espalda, el público contuvo el aliento. Alcé la vista hacia su masa formidable, del alto de un edificio de cinco pisos. Era ahora o nunca.

Tal como debía pasar, en ese instante un rayo de sol se coló desde la juntura de dos montañas y vino en línea recta a posarse en el vidrio del Exoscopio. Moví sabiamente los paneles de modo de dibujar con el punto amarillo un pequeño cuadrado. Yo sabía bien el efecto que tenía la actividad lumínica sobre las células clonadas. Y efectivamente, el gusano empezó a reabsorberse en su reflejo en el vidrio. Fue muy rápido, muy fluido, pero no pasó sin sobresaltos. La estructura del Exoscopio se sacudía, y temí que se volcara. Lo sostuve por un lado con toda mi fuerza y le pedí a Nelly que hiciera lo propio del otro. Me obedeció, a pesar del miedo. Parecía como si fuéramos a volar en pedazos, pero nos mantuvimos firmes, y el gusano pasaba y pasaba... Cuando quedaba menos de una décima materializada, se enroscó alrededor de nosotros. Cerré los ojos. Sentía el deslizamiento, casi rozándome, y el color azul me penetraba aun a través de los párpados bajos. Cuando los alcé, ya había terminado de entrar... O mejor dicho, no. Quedaba un último fragmento de sustancia azul que, quizás por ser el último, se alzó en un remolino violento, desde el lado de Nelly, y se precipitó chupado por el vidrio. En ese movimiento le hizo volar un zapato a mi amiga, y vi que le había hecho una herida en el pie.

El Exoscopio se había quedado muy quieto. Me incliné a mirar el vidrio. Allí estaba, una filacteria azul transparente, que se disolvía en átomos y se confundía en una furiosa batalla con los átomos dorados del sol, ya en un juego inofensivo, artístico, que se disipó en segundos. Pero una gota de sangre del pie de Nelly había saltado hasta el vidrio. Los haces atómicos se la llevaron en torbellinos hacia el fondo

de la transparencia.

Me aparté. Todo había terminado. El público aplaudía y vivaba, y empezaron a oírse jubilosos bocinazos en toda la ciudad. El rebaño completo de gusanos gigantes había desaparecido, se habían disuelto en el aire del amanecer. La gente lo tomaba por una especie de milagro, pero por supuesto yo sabía que con los clones es así: uno, son todos.

Examiné el pie de mi amiga, que sangraba profusamente. Ya venían bajando hombres y chicos por la barranca, y los primeros en llegar se ofrecieron a cargarla hasta arriba; la herida no era grave, pero habría que llevarla a una sala de primeros auxilios para ponerle una venda. Subí tras ellos, y cuando la metían en un auto le anuncié que me iría en el avión de la mañana, como tenía planeado. Prometió ir al aeropuerto a despedirme.



Nacido en 1949 en Coronel Pringles, una ciudad de la provincia de Buenos Aires, César Aira se instala, en 1967 en el porteño barrio de Flores, espacio muy presente en su escritura. Ha dado cursos, por ejemplo, sobre Copi y Rimbaud (en la Universidad de Buenos Aires) o sobre Constructivismo y Mallarmé (en la Universidad de Rosario). Desde 1992 viene a publicar anualmente de dos a cuatro libros de unas cien páginas de extensión. *Cómo me hice monja* (1993), fue elegida por el diario español El País como uno de los diez libros de ficción del año y le proyectó en medios literarios más amplios. Este prolífico protagonista de las letras argentinas es tanto traductor de varias lenguas (así, del francés, Saint Exupéry o J. Potocki), como novelista y narrador breve, dramaturgo y ensayista. Escribe en muy diversos diarios y revistas, generalmente breves, sobre los autores más dispares. Desde hace años ha sido editado en España, México y Venezuela, y ha sido traducido en Brasil, Francia, Inglaterra, Italia. Recibió una beca Guggenheim en 1996.